

FRAGMENTOS DEL CUERPO

Modalidad: Investigación educativa

Presentado por:
Angie Daniela Bernal Rico
Cód. 2015132037

Directora:
Alexandra Arias Pinzón

Universidad Pedagógica Nacional
Facultad de Humanidades
Departamento de Ciencias Sociales
Licenciatura en Filosofía
Bogotá, D.C
2022

Agradecimientos.

Agradezco infinitamente a *mis* mujeres; quienes me compartieron sus historias y dolores.

A mis tías, que en medio de la precariedad y un entorno vulnerable lograron mantenerse con una llama encendida, por su ejemplo, entrega y fortaleza.

A mi prima July, que siempre me apoyó desde sus posibilidades y estuvo conmigo riendo cuando no teníamos ni un peso para poder seguir.

A mí hermana, que siempre ha sido mi espacio seguro. A ella que sin dudarlo me siguió en los juegos más suicidas de la infancia y hoy, es una de las mujeres que más admiro por su resiliencia.

A Alexandra Arias: mi profe, amiga, madre, hermana y guía en este camino por mantenerme con vida. A ella que en medio de su ejercicio de la docencia me vio... y me extendió la mano, sin ella esto no sería posible.

A Gato y Astro (mis hijos) que son un amor incondicional, por quien lo doy todo y me esfuerzo cada día. Gracias por llegar a mi vida y calentarme en los días más fríos y tristes. Son sin duda una fuente de amor inagotable.

A María Alejandra; mi compañera de vida, que ha sabido entender y descifrar mi particular forma de existir. A ella que me ama, cuida y protege en los momentos de crisis. A ella que desde hace unos años se ha convertido en la familia que deseo. A ella que es mi hogar, al que siempre quiero llegar.

Finalmente, le dedico y le agradezco especialmente a mi madre, que, aunque ya no está a mi lado... le debo la vida entera. Ella que indudablemente fue el ser más bello que conocí en el mundo. A ella, que me supo guiar en el camino cruel y duro de la vida.

*A ti, mamá, que siempre soñaste con que lograra llegar a la universidad, lo logré.
Por ti y para ti.*

Consideraciones iniciales

¡Queridx Lectxr!

Estás a punto de observar mi cuerpo desnudo, mi investigación, por lo tanto, te invito a que lo hagas con el mayor tacto posible, empatía y cuidado; pues, los fragmentos y las narrativas que encontrarán aquí son muy íntimas. Estas hacen parte de mi historia familiar y tienen que ver con la forma en que me he configurado como profe.

Asimismo, te invito a que tomes las pausas necesarias para continuar con la lectura, pues hay fragmentos que son muy dolorosos, pero necesarios para comprender mi proceso de grado.

¡Te lo agradezco mucho!

Resumen

En este proceso de investigación se plantea la importancia de pensarme como mujer, hija, sobrina, prima, hermana, pareja y profesora, atravesada —en este caso específico— por la violencia sexual que ha fragmentado mi cuerpo; que ha limitado o configurado unas formas puntuales de habitar el aula, la escuela, las instituciones y la academia. En otras palabras, este documento presenta mi cuerpo desnudo. Para ello, se llevaron a cabo una serie de encuentros/diálogos individuales con las mujeres de mi familia.

Para lograr dicho objetivo me orienté por el enfoque metodológico autoetnográfico, a través de las narraciones, la metodología en capas y la estesis.

Ahora bien, en *Desnudar al cuerpo* se evocan situaciones, sensaciones, emociones y dolores que se presentan por medio de narrativas muy fuertes a nivel emocional, para así descubrir capa a capa los elementos que me constituyen como la docente que soy. Por ello, el documento se divide en tres capítulos: el primero, es una contextualización y caracterización del espacio en donde se ubican las narrativas. En el segundo, identifico los fragmentos que surgen a propósito de dichas narrativas y finalmente, expongo unas conclusiones a manera de reflexión que orientan mi ejercicio docente desde el cuidado.

Palabras clave: violación, voz, recuerdo, deseo, cuerpo, cuidado y fragmentación.

Abstract

This research process conveys the importance of thinking of myself as a woman, daughter, niece, cousin, sister, partner and teacher, influenced -in this specific case- by the sexual violence that has fragmented my body; that has limited or configured specific ways of inhabiting spaces such as the classroom, school, institutions and the Academy. In other words, this document presents my naked body. For this purpose, a series of individual meetings/dialogues were held with the women in my family.

In order to achieve this objective, I followed the autoethnographic methodological approach, through narratives, layered methodology and estesis.

Consequently, *Fragmentos del cuerpo*, evokes situations, sensations, emotions and pains, through very strong narratives at an emotional level, in order to uncover layer by layer the elements that constitute me as the teacher that I am. Therefore, the document is divided into three chapters: the first one is a contextualization and characterization of the space where the narratives are located. In the second one, I identify the fragments that arise from these narratives. And finally, in the third one, I present some conclusions in the form of musings, that guide my teaching practice from the point of view of care.

Key words: rape, voice, memory, desire, body, care and fragmented body.

Tabla de contenido

Introducción.....	8
Capítulo 1. Situar la experiencia.....	10
Sobre el territorio habitado	11
Estar en bucle.....	14
Narración en capas	19
Violación: una forma de fragmentar.....	24
Capítulo 2. Identificar los fragmentos.....	30
La voz.....	34
Los recuerdos.....	41
El deseo.....	46
El cuerpo	53
Capítulo 3. Resignificar los fragmentos	59
Otras formas de mi voz.....	61
Filosofía: una forma de reconocer los recuerdos.....	62
Libertad del deseo	63
Construirse desde un cuerpo roto.....	64
El cuidado: Una práctica de resistencia	66

Tabla de fotografías

Foto 1: Mis abuelos al llegar a Bogotá en 1970.....	16
Foto 2: La casa que construyeron mis abuelos varios años después (2015).....	17
Foto 3: El día en que mi hermana menor se graduó de preescolar (2005).....	27
Foto 4: Sonrisa falsa.	27
Foto 5: Ayuda.	27
Foto 6: Un día después del grito de la profesora porque me oriné en el salón.	36
Foto 7: Con mi abusador al lado.	36
Foto 8: Dibujo Salomé.....	51
Foto 9: Dibujo Juliana.....	51
Foto 10: Con el enemigo cerca.	53

Introducción.

Este proceso investigativo nace como un intento (sí, un intento) de sanar o calmar un sentir que independientemente del tiempo se hace más fuerte y se mantiene. En estas palabras procuro tejer una historia que a lo largo de los años ha calado como aguja en lo más profundo de mi ser. Se encontrarán aquí las muchas voces que me habitan y las identidades que en mí convergen¹: mujer mestiza, nacida en una familia de clase social baja, violada, lesbiana, con distimia, fobia social, huérfana, hermana mayor y profesora.

En este sentido, siento que es necesario —para iniciar este camino— aceptar que desde que mi mamá falleció (hace 11 años) he hecho hasta lo imposible por alejarme de lo que es más cercano a mí: mis mujeres... las mujeres con las que crecí. Desde esta partida empecé a transitar un camino contrario al que mi madre trazó para mí —uno seguro y alejado de lo “malo” según la moral social—, inicié así el consumo de alcohol, drogas, pornografía, perforaciones, descuido, malestar, dolor y libertinaje.

Por primera vez en mi vida —desde aquella partida— padecí un sufrimiento indescriptible; la angustia se convirtió en una constante y así la autodestrucción empezó a habitar en mi cerebro. Sí, antes viví dolores y pensamientos inimaginables, sin embargo, era la primera vez que estaba frente ellos... *dándoles la cara*. Estaba al borde del abismo y ya no tenía quien evitara la caída.

Mi mamá era mi eje, era la razón, el centro y mi vida giraba en torno a ella —no porque ella viviera mi vida, sino porque lo era todo— por ello, yo era capaz de aguantar el peso de la vida. Sin ella ¿Qué sería de mí?

Es importante mencionarla porque fue una ruptura tanto cruel como necesaria, pues, es desde aquel hecho que empecé a pensarme como persona, como mujer y como dolor. Hasta hace pocos años evidencio que me alejé de mi familia... de mis mujeres²; me siento molesta, fastidiada, asustada, juzgada y señalada cada vez que me relaciono con ellas ¿por qué? Durante un tiempo me pareció natural, pues a mí generalmente me cuesta relacionarme con

¹ Dado que me enuncio desde diferentes identidades y que reconozco el tejido de otras personas en mí, es necesario aclarar que este documento lo escribo en primera y tercera persona. De modo que, pueda analizar mis experiencias, pero también leerme/comprenderme desde otras voces.

² Cuando digo mis mujeres me refiero a las mujeres de mi familia y con las que crecí, y no al pronombre posesivo *mías*.

las personas, sin embargo, esa debilidad se incrementa con las personas que crecieron conmigo... con mis mujeres: hermanas, tías y primas.

Sin embargo, también reconozco que mis mujeres habitan en mí en cada acción: la forma en que me comunico, me expreso, tomo decisiones y estoy en los espacios. Es por ello, que en este ejercicio de auto-observación las identifico como unas de mis marcas vitales a la hora de pensarme en la práctica docente, en otras palabras, ellas son —en parte— quienes alimentan esta investigación, debido a que han construido en mí formas específicas de ser y estar en el mundo. A causa de ello, el modo en que habito el aula —o cualquier espacio educativo— tiene una particularidad: ellas (mis mujeres) están en mí.

Retomando lo anterior, las mujeres de mi familia —y mi relación con ellas—, han determinado una forma de ser docente, pues, es por las vivencias familiares que logro pensarme contextos concretos en todo lo que concierne a la educación, por ejemplo: la vulnerabilidad, pobreza, falta de oportunidades, organización familiar, muerte... pero sobre todo la violencia sexual. Esta última, será el eje en el cual se tejerá este documento.

No obstante, es posible que a lo largo de la investigación descubra otras marcas vitales que me atraviesan como profesora³, es por ello que no expondré desde un principio todas las marcas vitales a manera de lista... pues estas se irán descubriendo en la narrativa del trabajo investigativo.

Ahora bien, en esta investigación me propongo trabajar desde tres elementos: en primer lugar, acudiré fotografías y entrevistas; en segundo lugar, a las estesis como la manera más precisa de hacer un seguimiento escrito de las experiencias emocionales que se van evocando a propósito de este ejercicio y, por último, al diálogo y compartir con mis mujeres; pues será desde esa interacción que irán emergiendo nuevas capas en la narrativa investigativa de este trabajo. Esto último porque después de tanto comprendí que mi malestar incrementa porque en ellas me veo reflejada: ellas hacen parte de mí y yo hago parte de ellas.

A través de este ejercicio narrativo y de diálogo busco comprender/me —desde un ejercicio de análisis en capas— el porqué de ciertos dolores y acciones. Esto anterior es importante, ya que, como docente tengo unas formas particulares de habitar el conocimiento,

³ Es importante plantearlo como una posibilidad y no como un hecho, ya que, depende de los sentires que surjan y la necesidad de este proceso investigativo.

el saber, las aulas y a esxs otrxs⁴ sujetos con quienes compartiré. Dado lo anterior, comprenderme desde una historia de vida particular y unas marcas vitales que determinan mi existencia y práctica educativa son fundamentales, pues, para ser docente no basta —en mi caso— con haber estudiado una carrera... también tiene que ver con examinarme como persona y como mujer, porque después estaré a cargo de unos cuerpos que no pretendo fragmentar.

Por consiguiente, esta investigación es necesaria porque plantea la importancia de pensarse como mujer, hija, sobrina, prima, hermana, pareja y profesora, atravesada —en este caso específico— por la violencia sexual; que ha limitado o configurado unas formas puntuales de habitar el aula, la escuela, las instituciones y la academia. En otras palabras, lo que haré en esta investigación es *desnudar al cuerpo*, mi cuerpo. Pues, a través del encuentro, diálogo y reflexión con mi familia iré descubriendo capa a capa mi cuerpo desnudo... mi ser más vulnerable. De este modo, busco hacer un poco de resistencia a la fragmentación a la que fui sometida en cada institución y así, quizás me encuentre más completa. Unida a mí misma.

Capítulo 1. Situar la experiencia

Para empezar a *desnudar el cuerpo* es necesario situar la experiencia, para ello organizaré este apartado en dos partes: en primer lugar, expondré la ubicación geográfica del territorio en donde viví casi toda mi vida y, en segundo lugar, contaré un poco sobre el contexto histórico familiar, pues este me permitirá enunciar de mejor manera las situaciones, sentimientos y experiencias que se analizarán en este proceso.

Ahora, es importante mencionar que aquí no me aproximo a mi interés de análisis como un mero objeto de investigación, al contrario, me enfrento a experiencias propias —principalmente— y a las de las mujeres de mi familia, cuyas edades varían entre los 6 y 57 años, en medio de un escenario que me es familiar, que experimento como propio y que, por lo tanto, me interpela de manera particular... todas estas son vidas cruzadas por la violencia sexual.

⁴ Haré uso de la x, para poder moverme entre lo “masculino” y lo “femenino” sin detenerme en un género específico. No obstante, en la mayoría del documento hablo en femenino porque de ello trata mi apuesta investigativa.

Consecuentemente, busco situar la experiencia reconociendo en gran medida lo que Donna Haraway (1995) planteó en *Ciencia, cyborgs y mujeres* sobre el conocimiento situado, en la cual se pretenden hacer explícitas aquellas marcas vitales desde donde se desarrolla el pensamiento. Esto teniendo como premisa que el conocimiento no se puede desligar de sus contextos históricos, sociales y culturales; es por ello que en este proceso investigativo le apuesto a lo individual y a lo colectivo desde mi experiencia particular. Pues es desde allí que podré analizar mi práctica docente y mi forma de abordar la academia.

Sobre el territorio habitado

Ahora bien, desarrollo estas reflexiones partiendo de que cualquier desarrollo teórico o ejercicio de pensamiento está ligado a un cuerpo, uno que siente y ha sufrido en sus carnes la visceralidad de la violencia, por lo tanto, la pesquisa filosófica que intento abordar durante este proceso investigativo parte de mi cuerpo situado en un determinado espacio y lugar, haciéndolo más explícito. Emerge en la ciudad de Bogotá, en la localidad Rafael Uribe Uribe, en el limítrofe de los peligrosos barrios de La Resurrección y Las Lomas.

Antes de pensar en la vivencia individual o localizada de la violencia sexual, recordemos que lejos de ser una anomalía nos enfrentamos a un fenómeno repetitivo y sistemático, procedo entonces a realizar un ejercicio de contextualización. Desde los diferentes informes de la Secretaría Distrital de la Mujer se puede hablar sobre un diagnóstico local sobre temas de género en las diferentes localidades de la ciudad (2021). Dada la delimitación anteriormente enunciada la presente investigación tiene como escenario la localidad Rafael Uribe Uribe, sobre esta localidad la Secretaría Distrital de la Mujer ha generado los siguientes informes en los últimos dos años: *Bogotá 2020 por derecho. Diagnósticos locales para las mujeres* (2020) y *Mujeres en pandemia. Bogotá. D.C.* (2021).

Teniendo en cuenta estos dos informes y la aplicación *Saludata. Observatorio de Bogotá. Datos abiertos, gobierno transparente*⁵ (2021). Se puede evidenciar cómo este contexto geográfico es sumamente importante en esta investigación, ya que, es una muestra

⁵ Datos de Salud. (s. f.). Saludata. Recuperado 31 de enero de 2022, de <https://saludata.saludcapital.gov.co/osb/index.php/datos-de-salud/salud-mental/tasaviolenciasexual/>

fáctica sobre cómo esta localidad está marcada por una gran cantidad de casos de violencia de género en la ciudad comparada con otras localidades.

La localidad Rafael Uribe Uribe es la localidad número 18, ubicada al sur de Bogotá. Según los datos ofrecidos por la alcaldía de la ciudad los estratos socioeconómicos van del 0 al 3, tiene 374.246 habitantes y su extensión es de 1344 hectáreas. Limita con las localidades de Tunjuelito, Antonio Nariño, San Cristóbal y Usme, esta información de las localidades aledañas no es menor si tenemos en cuenta que estas mismas presentan también altas tasas de violencia de género. La delimitación de análisis estadística se demarca a los últimos tres años, esto se debe a la cantidad de información recogida por cada año, por lo tanto, creo pertinente revisar el año 2019, 2020 y el año 2021, a pesar de que todas las estadísticas del último año aún no se encuentran disponibles. Sumado a eso debe tenerse en cuenta que las estadísticas bien afirman que cada año existe un incremento en cuestiones de violencia de género. Sobre esta información es importante traer a colación que:

De acuerdo con los datos registrados en el sistema de vigilancia de violencia intrafamiliar, maltrato infantil y violencia sexual (SIVIM), existe una tendencia al incremento anual estadísticamente significativo de la tasa de violencia sexual en el Distrito Capital. [...] En el periodo 2012 a 2020 se notificaron 51.453 casos de violencia sexual. En el año 2020 la tasa estimada para la ciudad es de 91,5 casos por cada 100.000 habitantes.

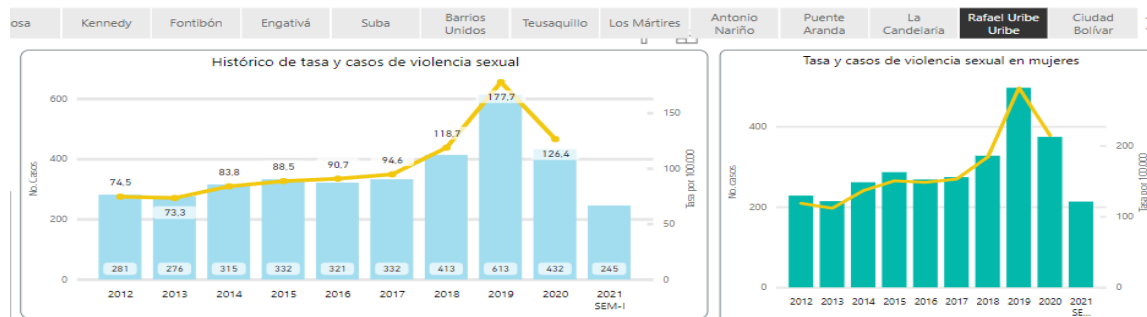
En el año 2020 se notificaron 7.669 casos de violencia sexual, un 9,5% más que el año anterior. En el 83,7 % las víctimas fueron mujeres y el 16 % hombres mostrando una relación 4 a 1, es decir, por cada 4 mujeres agredidas, violentan un hombre. Respecto a los grupos de edad más afectados durante el año se tiene que: el 73,3 % [...] de los casos notificados son niños, niñas y adolescentes; seguido por los adultos entre los 18 y 59 años con el 26 % [...] y las personas mayores con el 0,7% [...]

El 15,1 % de las presuntas víctimas manifiesta que convive con el agresor. Al revisar la relación de la víctima con ofensor sexual se encuentra que el 59,4 % [...] se encuentra distribuido así: conocido 22,4%, desconocido 20 %, y otro familiar 17 %. (Saludata, 2022).

La siguiente tabla evidencia cómo existe una tasa creciente en los casos de violencia sexual contra las mujeres en la localidad de Rafael Uribe Uribe. Debe tenerse en cuenta que presenta una disminución en el año 2020 y aún está pendiente que todos los casos del año 2021 sean sistematizados, por no hablar del común acuerdo en la existencia de un subregistro.

Figura 1

Histórico de tasa y casos de violencia sexual



Nota: Esta figura muestra que durante el año 2019 fueron elevados considerablemente dentro de la localidad la violencia intrafamiliar y los delitos sexuales (en su mayoría contra mujeres y niñas).

Fuente: Tasa de violencia sexual en Bogotá D.C. | SALUDATA⁶

Teniendo en cuenta todos los elementos anteriores es incuestionable que Bogotá es una ciudad en la cual existen una gran cantidad de violencias de género. Las cifras que se evidencian en la figura anterior muestran cómo la localidad Rafael Uribe Uribe es uno de los puntos clave para generar irrupciones sobre este tipo de violencias.

Partiendo de este escenario, entendemos cómo esas experiencias de mi entorno familiar se ven enmarcadas en medio de un contexto social, en el que la violencia de género, violencia intrafamiliar y en particular la violencia sexual son elementos frecuentes en la cotidianidad de las mujeres.

Ahora bien, estas estadísticas pueden llegar a quedarse en una mera sistematización de la alcaldía, pero también nos posibilita comprender la manera en la que las violencias que hemos sufrido en nuestros hogares no son hechos aislados; por el contrario, la violencia de género está enmarcada en una sistematización cruel del sistema patriarcal, que desde la reproducción y emergencia de situaciones violentas oprime nuestra voz.

⁶ <https://saludata.saludcapital.gov.co/osb/index.php/datos-de-salud/salud-mental/tasaviolenciasexual/>

Por consiguiente, este proceso investigativo también es una apuesta por dotar de carne, sentimiento y experiencia un problema generalizado que enfrentamos cientos de mujeres. En este sentido, considero importante rescatar aquellas formas de comprender el abuso sexual que trascienden la frialdad estadística para dar voz a aquellos relatos que no tuvieron lugar para ser expuestos.

Para concluir este apartado, es necesario situar la experiencia en un contexto específico, ya que este brinda una posibilidad más amplia para analizar y reflexionar sobre las experiencias vividas. Igualmente, es necesario reconocer que el *conocimiento situado* es una posibilidad epistémica que hace explícitas aquellas marcas vitales que facilitan cualquier enunciación teórica y a su vez un quehacer práctico y político, pero siempre partiendo desde lo propio.

Al evidenciar mis posibilidades existenciales enmarcadas en una ciudad que tiene unos niveles alarmantes de violencia de género y de una localidad que aporta muchos de los casos de la ciudad, es evidente que mi vida y la de las mujeres de mi familia se encuentre marcada por la violencia de género. En este orden de ideas, esta no solo es una preocupación teórica o estadística, se trata de una pesquisa fundamental en la medida en la que es un problema que atraviesa mi condición misma de vida y la de mis familiares.

Estar en bucle

Con ánimo de mantener en la memoria el contexto del anterior apartado; es necesario tener presente que éste es el escenario en el que se desarrolla la experiencia, el diálogo, la emoción... en otras palabras, para tener una comprensión más amplia y empática es importante pensar el proceso investigativo desde la teatralidad: el escenario es el barrio La Resurrección.

Ahora bien, cabe aclarar que este proceso reflexivo lo pienso desde mi familia materna —pues nunca tuve relación con mi padre ni su familia—, que desde ya hace cuatro generaciones llegó desde las espesas selvas del Caquetá y se asentó en medio de la vulnerabilidad de un barrio de invasión —en aquel tiempo—.

Teniendo en cuenta lo anterior, cabe mencionar que la comunicación que tengo con mi familia es muy limitada, por ello, no tengo mucha información más allá de mis abuelos.

Para completar un poco la historia, fue fundamental acudir a los recuerdos de una de mis tías —que es como una madre— con la que aún tengo contacto.

***⁷

Mi mamá nació en Nilo Cundinamarca. Mis abuelos ahí tenían una finca, tenían tierras y todo, a mi abuelo por allá lo desterraron... le tocó salir y dejar eso por allá, terminó viviendo en el Caquetá. Con lo que logró vender de Nilo Cundinamarca pudo comprar tierras en el Caquetá, allá mi mamá vivió hasta que tuvo sus dos primeros hijos (José y Miguel). El abuelo era muy cascación y la cascaba, entonces un día casi la mata, entonces le tocó volarse a escondidas de mi abuelo y venirse... y terminó viviendo aquí en Bogotá.

[...] Pues lo que pasa es que yo era muy pequeña, pero mi mamá nos contaba que mi abuelo le pegaba una leñera con látigo, que la amarraba a un árbol, le prendía candela por debajo... que en una de esas casi la mata. Y que mi papá era un trabajador del abuelo y que entonces él dijo *volémonos porque ese señor la va a matar*. Y entonces la soltó y se escaparon, entonces a ella le tocó dejar a sus dos hijitos que tenía allá y ella se vino volada con mi papá, pero no eran novios ni nada.

Entonces se vino para Bogotá y mi abuelo disque les mandó perseguir con otros empleados y con orden de que *¡Mátenlos donde los encuentren!* Y ya después de que se murió mi mamá, mi papá era el que contaba; que el abuelo le pegaba, que la violaba, que le hacía de todo a mi mamá... entonces que el abuelo no quería que mi mamá consiguiera más marido ni nada y que andaba furioso y por eso la castigaba tan feo, tan feo.

Tía 1 - 15 de abril 2022.

Dado lo anterior, esta historia inicia con una mujer —mi abuela materna— que viviendo todas las violencias posibles emprende un heroico viaje, con el fin de librarse del maltrato y secuestro de su padre. Llega entonces a Bogotá, sin nada, al barrio La

⁷ Para diferenciar las capas (narrativas) del resto del documento pondré *** al principio y al final de los fragmentos de las narraciones.

Resurrección. Allí construye con mi abuelo lo que hoy en día es la casa familiar; inició con cuatro habitaciones, una cocina algo precaria, un hueco en el piso simulando un baño y unos costales en el suelo a manera de camas. Este panorama hizo parte —por muchos años— de la cotidianidad de la familia que cada vez se fue haciendo más grande; ahora eran mis abuelos y 8 hijxs (5 mujeres y 3 hombres) los que conformaban el hogar.

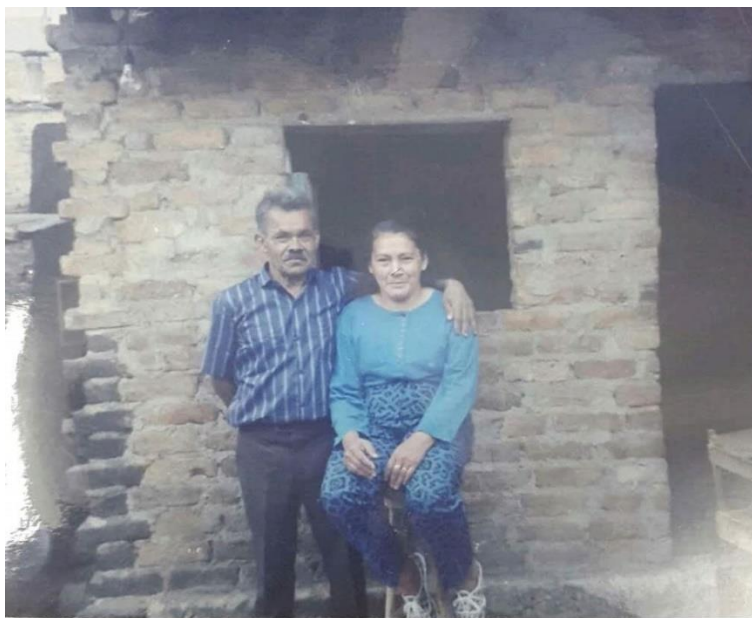


Foto 1: Mis abuelos al llegar a Bogotá en 1970.

Dado lo anterior, el aumento de la precariedad y riesgo era directamente proporcional con la cantidad de personas que se sumaban a la familia. Pues, a medida que llegaban nuevas personas las *oportunidades* se iban reduciendo, por ejemplo, una de mis tías falleció con tan solo 2 años, otras dos —las mayores— tuvieron que ser internadas en la fundación del padre Javier de Nicolás y las menores —mi mamá y mi tía más cercana— tuvieron que vivir el peso de la vulnerabilidad del sector.

Ahora bien, analizando un poco la historia de mi linaje materno, me resulta desconcertante que esa fuerza que impulsó a mi abuela a escaparse de las “garras” de su padre se haya marchitado en menos de un año, pues las condiciones en las que se vivía no garantizaban ni en lo más mínimo una calidad de vida sostenible, ya que:

- El sector al que llegaron era un barrio de invasión y de extrema pobreza.
- Los vecinos eran personas que vivían en las mismas condiciones.
- Había muchos casos de personas escondiéndose de la ley por múltiples delitos.

- Las múltiples carencias a nivel económico y educativo exigieron que las niñas y niños de la casa tuvieran que trabajar. Lo cual lxs expuso a muchos peligros.

Todos estos elementos fueron forjando y detonando las violencias más bizarras, en las que se naturalizó el dolor como una forma de vida.



Foto 2: La casa que construyeron mis abuelos varios años después (2015).

Vuelvo entonces a la premisa anterior: me resulta desconcertante que los esfuerzos de mi abuela fueran en vano; su historia se repitió en sus hijas. Una a una vivió en carne propia el malestar de un cuerpo ajeno que invadía el suyo... con el tiempo se fue haciendo tan natural, común y cotidiano que no se era consciente de las violencias que se inscribían en ellas cada día.

Un claro ejemplo de lo anterior, me lo comenta mi tía en una típica conversación hace poco:

Lo que pasa es que su tía Bellanira desde muy pequeña se escapaba de la casa, entonces ella por decir se iba a la edad de 7... 8 años, le encantaba irse y mi mamá era como loca búsquela por todo lado. Y ella cuando se le daba la gana de aparecer entonces volvía, a veces duraba 6 meses... un año y volvía. Entonces la última vez ya era como de 10... 12 años, cuando regresó [...] como que abusaron de ella.

Después de eso vivía mi medio hermano Miguel aquí en la casa y un día ellos se emborracharon y todo, y yo recuerdo que fui y abrí el cuarto donde ellos vivían y estaba Miguel con los pantalones abajo y ella también, entonces yo salí corriendo (yo era toda chiquita y toda sapa) fui y llamé a mi mamá ¡*Mami! Mire que mi hermano Miguel está con los pantalones abajo y Bellanira también...* Y mi mamá fue y eso los sacó a palo de allá, entonces pues la verdad no sé si sea violación o fue porque ella quiso no sé... pero al igual era una “niña”, porque pues ya se había ido volada de la casa porque ella quería, ya le habían pasado muchas cosas... ahí uno ya no sabe cómo sea la situación.

Tía 2 - 17 de abril 2022

En este relato evidencio dos cosas: por un lado, es *normal* que una de mis tías se escape, desaparezca por un largo tiempo, la abusen y no se haga nada al respecto; y, por otro lado, para mi tía que cuenta aquella historia —en la actualidad— es difícil discernir sobre qué es una violación. Al final, se naturaliza el hecho y no se ve como algo grave, pues después de todo, ya lo había vivido.

Además, hay que tener presente que esta es solo una de los cientos de historias que hay con respecto a la violencia sexual, porque como mencioné anteriormente pareciera que todo se revive generación tras generación... casi parece que el abuso fuera hereditario; como si hiciera parte de nuestro ADN.

- Mi abuela fue violada por su padre durante muchos años.
- La mayor de sus hijas fue violada por varios hombres y por su hermano.
- La segunda hija es abusada en el internado del padre Javier de Nicolás.
- La tercera hija —mi madre— es abusada por los vecinos de la casa de al lado y por uno de sus hermanos.
- La hija menor también vivió múltiples violaciones por parte de familia, jefes y parejas.

Todas ellas vivieron el dolor de sentir su cuerpo invadido, su sentir invalidado y sus violencias naturalizadas. De ahí que la historia se repitiera una vez más; fue imposible evitar

lo inevitable. Ahora era nuestro turno... las hijas de las hijas experimentamos la amargura de nacer en este escenario. Esto es a lo que yo llamo **estar en bucle**.

Finalmente, pongo de manifiesto que este proceso investigativo es muy difícil en dos sentidos: en primer lugar, siento mucha presión por parte de la academia por escribir de una manera más formal... pero ¿cómo puedo escribir en tercera persona sobre esto? En ese sentido, en este apartado me propuse dar algo de voz a mis mujeres —o a una de ellas, ya que las demás no pueden— pues a pesar de que no reconozcan esto como una problemática, quiero brindarles algo de voz; porque su historia es importante. Por ello, no me atreví en este fragmento del documento a citar a nadie, hablé desde nuestro lugar de enunciación que es lo que quiero rescatar, porque es desde aquí que puedo pensar y reflexionar un conocimiento situado.

En segundo lugar, este proceso evoca mucha sensibilidad y sentimientos encontrados. Empiezo a entender por qué tanta distancia con mis mujeres: ellas detonan en mí mucho malestar... me veo reflejada en ellas y eso me hiera. Sin embargo, es también en este proceso que empiezo a desentrañar, organizar y comprender ciertos sucesos.

En otras palabras, **desnudar al cuerpo** implica verse vulnerable y comprender la historicidad de los hechos. Solo así podré comprender mi ser mujer y mi ser docente.

Narración en capas

Teniendo en cuenta lo anterior, me sostengo en la importancia de pensarme desde mi lugar de enunciación, pues es desde allí que puedo transgredir mi práctica docente.

En ese orden de ideas, esta manera de transitar la investigación requiere de una metodología que me permita reflexionar desde mi individualidad, pero también que me brinde la posibilidad de dialogar con mis mujeres y autoras. De igual manera, el camino que exige esta investigación debe ofrecer libertad en la forma de escribir. Por esta razón, pienso que la autoetnografía es la mejor herramienta para desarrollar esta parte de mi proceso como docente.

Pues, este enfoque recoge «una metodología cualitativa cuyo distintivo central es partir de lo individual en la investigación, para desde ahí lograr comprender el contexto espacio-temporal en el que se vive la experiencia individual, en sus dimensiones cultural, social y política» (Bénard, 2018, p. 9); lo cual resulta muy pertinente para el propósito que

me propongo con este ejercicio —reflexionar y analizar mi experiencia con respecto a la violencia sexual y desde allí comprender las implicaciones que hay en lo educativo—.

Por otro lado, la autoetnografía tiene la particularidad de comprender la necesidad de la «introspección, la cual, mediante la escritura, nos permite ir y venir entre lo ya vivido y el modo en el que podemos dar sentido» (Bénard, 2018, p.10), en otras palabras, este enfoque sugiere una manera de escribir desde la reflexión y análisis de los hechos narrados, lo cual facilitará —en este caso— la comprensión de las implicaciones de la violencia sexual inscrita en el cuerpo, el autorreconocimiento y los sentires que se detonan a partir de dicha situación. Ahora bien, este proceso de investigación transita entre la experiencia vivida —con respecto a la problemática planteada— y la percepción actual de las emociones, sentires y vivencias; para así dar sentido a unas formas particulares de habitar en los espacios... y en este caso puntual de habitar el aula.

Como se ha mostrado, este proceso investigativo requiere de otros métodos de escritura: unos más personales, en los que por primera vez me enuncie desde una realidad que me ha configurado. Esta es entonces una pequeña forma de resistir a la academia tradicional, que en general está descontextualizada.

Consecuentemente, lo que implica un enfoque autoetnográfico es que el proceso mismo de escritura resulta ser terapéutico, catártico y permite crear conocimiento, es decir, que esta forma de hacer investigación —por plantearse desde lo personal— devela diversas caras de un mismo hecho —violencia sexual— y es desde allí, que se pueden elaborar comprensiones situadas. Una vez se inicia el proceso investigativo surgen nuevos elementos... nuevas capas que orientan la misma narrativa y análisis.

Las narraciones en capas se nutren de diversos puntos de vista que se presentan al lector como representaciones de experiencias vividas. Estos puntos de vista son usados como conceptos sensibilizadores, los cuales no deben ser cosificados.

[...] La narración en capas es una forma de escritura diseñada para producir y representar de manera holgada, al lector, el continuo de una experiencia dialéctica, emergiendo de la multitud de voces reflexivas que producen e interpretan simultáneamente un texto. (Rambo, 1995 p. 125)

Narrar en capas en este contexto, significa entonces, contar desde la experiencia qué sensaciones, pensamientos, recuerdos o dificultades surgieron/surgen a raíz del abuso, violación y violencia sexual. Sin dejar de lado las otras voces que configuran mi experiencia frente a los hechos y que brindan un diálogo necesario para este análisis.

Conviene señalar que, para dar fluidez a esa narración es necesario dejar clara la pregunta que orienta y es el hilo conductor que atraviesa este proceso investigativo, esta es: ¿De qué manera la violencia sexual me atraviesa como persona y qué implicaciones tiene con mi ser docente?

Ahora bien, para narrar en capas y responder a la pregunta orientadora hice uso de tres herramientas que fortalecieron este proceso: estesis, diálogo con *mis* mujeres y elementos audiovisuales —entrevistas y fotos—.

En primer lugar, entiendo una estesis como una forma de llevar un registro detallado de una experiencia emocional y las percepciones que surgen a partir de un hecho. Tomo el concepto del preámbulo de la tesis de maestría *Entre el maestro idiota y el bufón: estudio sobre corporeidades y teatralidades en la escuela* de Fredy González (2015), un profesor de artes escénicas⁸.

Creemos que esta narrativa también garantiza la reflexión profunda y entendemos que la narrativa es tanto el fenómeno que se investiga como el método de la investigación. Para tal efecto, se da a luz para hacer aparecer: se muestran hallazgos, se presentan voces para que se reflejen sombras y sean completadas por el lector-espectador al modo de impulsos creativos e interpretaciones que surgen in situ. Se apuesta por no ser estricto con las descripciones, pero se da cuenta del mundo vivido desde la experiencia. Para ello se aborda la intersubjetividad en un juego en donde se intercalan personajes: yo, el, ellos, ellas, nosotros, corifeo al modo de testimonios de corporeidades que han pasado por la sensualidad de la experiencia. (p. 4).

[...] Lo importante son aquellas emociones, sensaciones, estados, cambios, mutaciones, desplazamientos que nos ocurrieron a quienes estuvimos

⁸ La noción estesis se usa especialmente en contextos artísticos y la manejan diferentes autoras y autores, no obstante, escojo la de este docente porque maneja el concepto desde el trabajo con sus estudiantes y la experiencia a partir de los encuentros desde el teatro. Además, plantea la importancia de pensar en otro tipo de registros en las instituciones... pues los diarios de campo se limitan un poco a la descripción.

involucrados en las piezas alegóricas creadas y que se tornaron en experiencia.
(p.8)

Dado lo anterior, las estesis apuntan al mismo horizonte del enfoque autoetnográfico: la escritura permite reflexión, catarsis y comprensión de mí misma. En otras palabras, la escritura en este proceso es el método y el camino para poder responder a la pregunta orientadora.

En este sentido, las estesis son una parte esencial en este camino investigativo; pues ellas hacen parte de la génesis de esta de investigación y son las que permiten tejer las experiencias de mis mujeres con mi sentir. Además, son una forma de llevar un registro detallado de hechos específicos, ya que estas son similares a los diarios de campo —en el sentido en que llevan un paso a paso de acontecimientos—, no obstante, las estesis dan cuenta de una experiencia emocional que surge a raíz de la investigación.

Dicho de otro modo, esta herramienta brinda la posibilidad de llevar un registro desde lo emocional; las sensaciones, sentires, dolores y emociones que surgen en cada fase de este proceso. Lo cual es necesario en lo que se pretende en este documento, pues, las estesis me permitirán tener una mejor comprensión de mi sentir con respecto a ciertas situaciones y no solo llevar un registro vacío de hechos alrededor de la violación (como suele pasar con las estadísticas).

En este orden de ideas, elijo la estesis como herramienta metodológica porque es la forma más orgánica y fiel de dar cuenta de mi proceso autorreflexivo.

En segundo lugar, el diálogo con mis mujeres es sin duda necesario, pues, como ya lo he mencionado antes; en ellas me veo reflejada. Por ello, la comprensión de diversas experiencias permitirá evidenciar puntos de convergencia, autorreconocimiento de las implicaciones de dichas vivencias y fortalecerá —de algún modo— el tejido familiar que desde hace muchos años se quebró.

Además, reconocer mi historia familiar me permitirá encontrar nuevos sentidos a mis particulares formas de habitar los espacios y puntualmente, mi forma de ser docente y de hacer escuela. Ante esto Laurel Richardson dice que:

Escribir historias y narraciones personales fortaleció las estructuras mediante las cuales yo doy sentido a mi mundo, ubiqué mi experiencia biográfica personal en contextos históricos y sociológicos más amplios.

[...] Descubrí el intrincado tejido de clase, raza, género, educación, religión y otras diversidades que me hicieron el tipo de socióloga en la que me convertí, es una manera práctica de refractar los mundos –académicos u otros– en los que vivo. Nadie sabe su destino final, pero podemos conocer los que fabricaron nuestra vida, a la que podemos enfrentar, abrazar o ignorar.

(Richardson, 2005, p. 59)

La escritura es entonces una forma de dar sentido al mundo, por ello, en este proceso escribo a partir del diálogo con mis mujeres, pues ellas fueron quienes “fabricaron mi vida” —en términos de Laurel Richardson—. Comprenderlas, escucharlas y dialogar con ellas me permiten completar una historia que en mí está vacía... incompleta. En otras palabras: el diálogo y la escritura a partir de este permitirán darle un sentido a la problemática aquí expuesta —la fragmentación del cuerpo a partir de la violencia sexual/violación—.

A propósito del diálogo con mi familia, es importante señalar que la idea inicial para este proceso era realizar talleres para abordar esta temática, no obstante, no fue posible por lo delicado de las narrativas y la dificultad para hablar en un “público amplio”. Por ello, decidí delimitar el tema de investigación a mi práctica docente desde un contexto familiar, pues, de este modo no invado ni abro procesos complejos. De modo que, el diálogo que consintieron fue de forma individual y a sus ritmos. En este orden de ideas, las narrativas aquí expuestas solo son fragmentos de largas conversaciones; fragmentos que ellas mismas revisaron antes de escribirlo en este trabajo (en algunos casos modifiqué los nombres a petición de las ellas).

Y, por último, haré uso de elementos visuales (fotografías) y auditivos (entrevistas) para completar y clarificar los vacíos que tengo frente a mi historia familiar⁹. Además, estos elementos permitirán que mis lectoras comprendan un poco el escenario que estoy planteando.

Finalmente, es importante tener en cuenta que estas herramientas se verán presentes a lo largo del trabajo de investigación, es decir, que se irán entretejiendo acorde a la necesidad narrativa y no en un orden establecido.

⁹ Dado que la comunicación con mi familia siempre ha sido limitada, gran parte de la historia familiar la ignoro y hasta ahora, en este ejercicio, la estoy conociendo y aceptando.

Violación: una forma de fragmentar

Fragmentar en su definición más vaga es aquello que se rompe en pedazos, trozos o partes. Esto mismo significa en este documento: algo que se quiebra.

Cuando planteo que la violación es una forma de fragmentar lo digo de forma literal. No hago alusión a alguna metáfora que represente en una forma más estética lo que quiero manifestar, pues, así es la violencia sexual: fría, cruel, despiadada, cruda, violenta y desgarradora.

Ahora bien, como me es imposible afirmar que toda mujer —o toda persona— abusada sexualmente está (o se siente) fragmentada, es importante aclarar que este planteamiento surge de un proceso autorreflexivo y de análisis de las narrativas de las mujeres de mi familia. Sin embargo, sí puedo afirmar que todo caso de violencia sexual configura unas formas de ser, estar y hacer en el mundo. En este sentido, se puede plantear que todas las formas de violencia sexual limitan, modifican, transforman y configuran las formas en que se accede al mundo.

Un ejemplo claro —y básico— de lo anterior, es una realidad a la que todas nos vemos sometidas cada día en la calle: temerosas ante cualquier palabra obscena decidimos tomar otro camino, enviar la ubicación, vestarnos más holgadas, ir junto a un hombre que nos “proteja”, fingir que alguien nos espera etc. Pues, es tanto el miedo de cada día que no podemos seguir el curso de la vida de forma natural. En este caso la forma en que salimos a caminar se ha visto limitada o, se ha configurado de tal forma que tenemos que hacer mil cosas con tal de no ser acosadas. Dado el escenario anterior, me preocupa bastante que estos hechos hagan parte de la normalidad de miles de niñas y mujeres.

Además, es desconcertante que sin importar en qué colegio, curso o salón se indague, siempre habrá por lo menos un caso de violación. Se ha vuelto tan natural que a muchas y muchos docentes dejó de importarles... o quizás, están tan llenos de impotencia que al final no se hace nada y prefieren no abordar el tema.

Es por ello, que me atrevo en este proceso investigativo a desnudar mi cuerpo y exponerme en esta vulnerabilidad tan cruda que siempre me ha habitado. Pues solo reconociendo mi historia —y la de mis mujeres— he podido comprender que ser docente implica ir más allá de un pánsum y que el conocimiento debe ser situado, o no será.

En definitiva, a las instituciones acuden cientos de niñas y niños que están siendo abusados sexualmente en sus hogares y yo me pregunto ¿qué están haciendo las y los docentes? ¿pueden seguir el curso de la clase como si nada? Lamentablemente la respuesta a la segunda pregunta es sí, sí pueden seguir la clase y muchas veces los casos no quedan más que como un número que hace parte de las estadísticas de violencia sexual.

Es por lo anterior que me atrevo a escribir esto que es tan doloroso; escribo por los cientos de casos que no hacen parte de las estadísticas y por aquellos que sí hacen parte, pero que nunca se habla de su temor, malestar, vacío... de su ser quebrado. Escribo porque es necesario para las y los docentes comprender la realidad que viven nustrxs niñxs. Escribo porque tal vez esto llegue lejos y comprendamos de una vez por todas que la violencia sexual nos quiebra y no queremos que las instituciones lo sigan ignorando.

De niña comprendí que la hora de hacer las tareas era la hora más incómoda del día; pues echada en el piso en cuatro (porque no tenía mesas donde apoyar mi cuaderno) sentía el cuerpo pesado de mi hermano tras de mí. Su movimiento repetitivo contra mis nalgas hacía que rayara el cuaderno una y otra vez.

Con el tiempo desarrollé una habilidad impresionante de escribir pese al movimiento, pero no entendía nada de lo que hacía... muchas veces hacía cualquier cosa, para que él pensara que yo estaba concentrada en lo mío.

Para mí era extraño que, aunque los dos estábamos en el mismo espacio y tiempo, ambos vivíamos experiencias distintas: él disfrutaba de un momento muy placentero y yo me esforzaba por hacer la tarea.

Este es uno de los recuerdos más confusos que tengo de mi infancia; confuso porque lo que me generaba desespero no era hacer las tareas en esas condiciones, sino que cuando las presentaba la profesora me regañaba y tenía que repetir todo de nuevo. Actualmente, me pregunto si algo en mí sería distinto si la profesora hubiese indagado más allá de lo que compete a su área de trabajo.

Me resulta desconcertante que las instituciones se limiten a transmitir un “conocimiento” descontextualizado a sus estudiantes y no se inquieten por las realidades que los mismos viven. Pues ¿cómo se da el conocimiento en una/un niñx que al llegar a casa va a ser abusadx? Y ¿qué amor por aprender puede tener alguien que es despojado de su sentir y vivencias justo al entrar a una clase?

Adicionalmente, es importante considerar que la educación, como muchos ámbitos de la vida, se ha conformado a partir de las configuraciones de la modernidad y la colonialidad (Walsh, 2013; 2017). Eso sin lugar a dudas ha tenido unas implicaciones profundas en la manera en que se comporta la educación y en cómo se entiende. Dichas implicaciones tienen que ver con cómo los cuerpos... las corporeidades habitan las instituciones y viven los conocimientos; nos encontramos entonces con cuerpos sometidos, violentados, domesticados y obligados a ser y estar de modos específicos.

Teniendo en cuenta lo anterior, las víctimas de violencia sexual —y en estos casos específicos, de violación— somos fragmentadas doble vez: primero por nuestros agresores y luego, por las instituciones, que desconociendo las realidades imponen formas de estar en el aula.

Desde que tengo memoria me es imposible concentrarme con un ruido o movimiento repetitivo de fondo, siento que el sonido y la sensación constante se apodera de mí: a veces me lleno de ira, otras me distraigo y en otras ocasiones solo rompo en llanto.

La anterior narrativa cobra sentido si pensamos en que es típico escuchar sonidos y sentir movimientos repetitivos, pues, hacen parte del día a día. En ese sentido ¿cómo podría concentrarme en clase cuando alguien masticaba un chicle con la boca abierta? ¿Cómo podía prestar atención cuando una pierna impaciente se movía incesantemente anhelando el descanso? ¿Cómo podía escribir o resolver problemas cuando mi compañero de atrás golpeaba sus dedos una y otra vez contra la mesa?

Estas situaciones que expongo son típicas en un salón de clases y mis reacciones eran de esperarse: llanto, ira, frustración y distracción. Ante ello ningún docente durante mis 11

años en el colegio hizo nada más que reprenderme... cuando era más que obvio que algo estaba roto en mí.

Hoy en día puedo decir con absoluta certeza que una parte de mí quería que alguien lo descubriera, no obstante, estas actitudes de mis profesoras me hicieron entender que yo estaba sola y que simplemente debía asumirlo. Entonces, el escenario era devastador: lo que me sucedía cada día al llegar a casa me atemorizaba... pero extrañamente me generaba más pánico llegar al colegio, porque sentía que allí todos mis pedazos eran expuestos.



Foto 3: El día en que mi hermana menor se graduó de preescolar (2005)



Foto 4: Sonrisa falsa.



Foto 5: Ayuda.

Ahora, con lágrimas en los ojos me conmueve enterarme de más situaciones de dolor en mi familia; en este momento comprendo que todas hemos pasado por esta amarga sensación —cada una a su particular manera— y que todas sentimos el cuerpo invadido... la vida quebrada.

Hace un tiempo una de *mis* mujeres se abrió a mí —para mantener su identidad a salvo, la llamaré Hermana 2— y me compartió uno de sus dolores punzantes y ahí entendí que este hecho nos atraviesa.

Es como si yo me saliera del cuerpo ¿no? O sea, al principio y cuando la primera vez que sucedió yo también creo tener 5... 6 años, tal vez 5, yo no creo que fuese más grande. Y fue en la escuela rural de la vereda... y me acuerdo tanto, yo tenía un vestido y era un aula multigrado ¿no? [...] yo era

de las más chiquiticas, todos eran más grandes... piénsate que en esa época la gente iba mucho más grande a la escuela; entonces yo creo que había niños de 13 o 14 años, y de hecho estaban sentados de manera escalonada; entonces los más grandes estaban atrás contra la pared y los que estaban adelante pegados al tablero eran los más chiquiticos: y yo era de las que estaban pegadas al tablero.

Y me acuerdo que el profesor me pasó al tablero con mi prima... una al lado de la otra. Yo no sé qué estaba haciendo en el tablero... me puso a hacer algo allí y lo que yo siento es que me baja la ropa interior y me penetra con los dedos.

Esto te lo digo de adulta... en ese momento no entendía qué era lo que estaba pasando. Sabía que me estaba pasando algo en medio de las piernas.

[...] Recuerdo que yo miraba hacia los niños y los miraba, y yo veía como si eso estuviera pasando como en una película... en otro lado, porque todos miraban, pero nadie reaccionaba frente a lo que me estaba pasando a mí. Y creo que eso fue tan impactante porque entendí que nadie me iba a defender y que nadie iba a hacer nada y que siempre que pasaran esas situaciones yo iba a estar sola.

Hermana 2 - 23 de abril 2022

Este fragmento ha sido uno de los que más me ha dejado sin palabras, pues siento que no tengo las herramientas ni la voz de fuerza para guiarla y llenarla de seguridad. Sin embargo, al develar las historias descansamos un poco, pudimos respirar con una serenidad que solo nosotras pudimos comprender y reflexionamos acerca de las sensaciones que la escuela despertaba. Era irónico que al hablar de escuela y de docentes no viniera a nosotras las palabras “conocimiento”, “aprendizaje”, “saber” ni “seguridad”, por el contrario, lo que vino a nosotras fueron historias de temor, de soledad y de desprecio por nosotras mismas.

Dado lo anterior, la violación infortunadamente nos ha marcado como mujeres de esta familia y es inevitable que al día de hoy no sintamos un dolor intenso en el cuerpo. Hay días más rotos y de mayor confusión... y otros en que parece que todo va bien. Sin embargo,

estamos convencidas de que la escuela o el colegio no hicieron nada por nosotras... sino en contra.

Ahora bien, nuestra experiencia corporal se encuentra delimitada histórica y socialmente y, uno de los lugares en los que se presenta esta configuración moderna del cuerpo es la escuela, que, a la vez, resulta ser un lugar en el que se reproduce la percepción fragmentada del cuerpo:

A través de estos fundamentos para el ordenamiento cognoscitivo escolar, de manera simultánea se siembra un orden epistemológico corporal, es decir, un orden en el cual el cuerpo, entendido como la circunstancia existencial de la vida humana, hace posible que germine el conocimiento en sus diversas modalidades modernas

(Pedraza, 2010, p. 47).

A pesar de que la emocionalidad y la sensibilidad son sustrato vital del conocimiento, la educación moderna, con sus respectivas tradiciones de enseñanza, confundió el conocimiento con una habilidad particular: la abstracción. De esta manera esas otras dimensiones del conocimiento, por lo demás vinculadas con lo corporal, se ven excluidas en los procesos de enseñanza tradicionales.

Teniendo en cuenta lo anterior, se podría recapitular y afirmar que la educación en la actualidad tiene unas configuraciones particulares, dado que, es evidente que existen unas incidencias sobre cómo ha operado la institucionalidad en los cuerpos. Sumado a eso, se debe tener una perspectiva de cómo lo educativo tiende a reproducir y perpetuar formas sistemáticas de violencia contra diferentes experiencias de vida.

Todo este panorama toma sentido desde la comprensión de cómo lo educativo hace parte de las formas de dominación, en cuanto dentro de su misma configuración genera formas de dominación, opresión y violencia (Segato, 2018). La educación, para Rita Segato (2008), es una práctica que enseña y habitúa a generar dominaciones y opresiones, su interés es generar muerte donde puede hallar la vida. De ahí que sea sumamente necesario generar modos de contrarrestar estas pedagogías de la crueldad, pedagogías modernas que generan, reproducen y dan lugar a nuevas formas de explotación. De esta manera se pueden producir líneas de fuga frente a una educación que no se preocupa por los cuerpos de las mujeres o la manera mediante la cual estos son violentados con crueldad.

Es por ello que en este proceso investigativo busco narrar, reflexionar y analizar desde lo propio: pues es desde allí que se puede hacer un poco de resistencia a lo impuesto, a la norma, a la institucionalidad y por qué no, al sistema educativo tradicional.

Finalmente, me considero privilegiada en relación a las mujeres de mi familia, en la medida en la que he tenido la oportunidad de acceder a la educación superior, lo que implica un lugar de enunciación totalmente nuevo en el marco de mi historia familiar. Este privilegio se vincula con una responsabilidad para con ellas, un intentar quebrar esa incapacidad de hablar, esa monstruosa negación del abuso, que se contrasta con lo común que resulta el abuso en nuestro territorio, como se vio en la contextualización. En esta medida busco poner a disposición de estas mujeres los lenguajes aprendidos y los medios de los que dispongo para traer a la palabra sus experiencias, actividad que además nos cambia y cambia las percepciones que guardamos sobre nosotras mismas.

Ahora podemos decir que somos mujeres violadas, algo que nos costaba mucho enunciar... algo importante si consideramos que al avanzar en la introspección quizás podamos sentirnos sobrevivientes del sistemático abuso sexual. Por ahora me queda por decir que cuando me planteo como una mujer violada, me enuncio también como una mujer fragmentada.

Capítulo 2. Identificar los fragmentos

Reconocer que estoy quebrada es uno de los procesos más difíciles a los que me he enfrentado, principalmente si consideramos que durante toda mi vida he hecho lo contrario: aparentar fortaleza.

Es por ello, que durante todo este ejercicio de diálogo y de descubrir capa tras capa las experiencias que acompañan mi historia familiar, he pasado por todos los estados de ánimo posibles y finalmente, quedo postrada en la cama sin fuerza alguna.

**10

Carne podrida

Temor y angustia; un dolor palpitante en el estómago que me quita toda gana de encuentro.

¹⁰ Uso ** para indicar que lo que sigue es una estesis que surgió a partir de algún encuentro, sensación o emoción en el proceso de escritura.

Pero ahí estoy con ellas, con poca ilusión de que las cosas fluyan.

Huele a carne podrida esta situación, las palabras danzan en un ambiente putrefacto y cálido.

Todas siempre hemos sido distantes, de palabras aisladas y vagas, así que es muy difícil iniciar... es complicado hablar desde la academia a ellas —mi familia—.

La voz temblorosa se pronunció con la intención de generar cercanía y confianza: pude manifestar la propuesta del día... aquella que trataba sobre el amor.

El amor en este espacio no fue un concepto de filosofía, simplemente tuvo olor a carne podrida y tinto.

Mujeres amantes a sus hijos, mujeres que solo podían describir el amor como una especie de relación con la maternidad.

Las niñas fueron más amplias en su concepto, amor era el sol, pero también un gato, amor era el cariño de la madre y bienestar.

Con el aroma del tinto constante se fueron mezclando las lágrimas: al parecer ninguna sentía el amor como algo que podían recibir... sino solo dar.

Amor es entonces una transacción unilateral.

Duele porque hay que rogarlo.

El amor se sufre cuando eres mujer.

Solo pienso en lo lamentable que ha sido la vida amorosa de mis mujeres... de mi familia. Cuanta tristeza siento al verlas llorar por la insistente violencia sexual que han soportado, sin embargo, ellas no lo notan, no saben que es violencia y por ello me quiebro.

Hay situaciones denigrantes que una no quisiera escuchar, porque cuesta entender que a un ser querido lo rebajen tanto, la minimicen y la diluyan en palabras frías. Al final ellas siempre les dan la razón a sus abusadores: sus hermanos, novios, esposos, hijos o compañeros.

El amor en este día se mezcló con el olor de la carne que se pudrió porque no tenía nevera.

Ahora entiendo tanta distancia y tanta frialdad en las miradas y palabras de mi hogar: simplemente nunca nos sentimos amadas.

15 de marzo 2021

**

En la anterior estesis, pongo de manifiesto lo difícil que es seguir narrativas llenas de dolor, sobre todo si estas vienen de los seres que más amo... de las mujeres que me han rodeado toda la vida.

No obstante, esta experiencia me ha permitido —especialmente— reconocer a esas mujeres que durante muchos años fueron guía y camino. También, comprendí por qué tanto rechazo a lo propio, simplemente soy un espejo o un reflejo de toda esta historicidad; la forma en que me mantuve con *vida* todos estos años es la misma con la que ellas también resistieron al mundo: Nos ocultamos bajo un falso bienestar en el que no nos permitimos ningún lamento, invalidándonos unas a otras reprendiendo así cada recuerdo y como resultado, teníamos en casa muchos cuerpos muertos en vida chocando contra otros.

**

Resignificar.

Ha pasado mucho tiempo y ha sido difícil un nuevo encuentro, el último día que nos vimos un sentimiento desesperanzador se apoderó de mí.

¿Será que ellas se sintieron igual?

¿Será que algo cambió desde ese día?

¿Será que podré lograrlo?

Para ser sincera pensé en dejar así... en no trabajar con un grupo tan cercano, pues hablar de este tema con personas con las que tengo un fuerte vínculo emocional es terrible.

No sé si sea natural que entre más cercana es alguien para mí más aislada emocionalmente estoy. Es como si tuviera que ser fuerte; inquebrantable.

En el primer encuentro hubo mucho llanto y mucho que decir. Yo traté de

guiar y orientar... por tanto, no me di el espacio de comunicar. Hay algo que me atemoriza al hablar de mi sentir, sobre todo con mi familia.

En fin, con este encuentro lo único que desee fue abandonar... abandonarlas. Me llené de mucha rabia (me cuesta aceptarlo) y solo quería dejarlas a un lado. Al final ese es el problema de siempre: creernos solitarias, vivir con una falsa independencia, ser fuertes a costa del bienestar propio, aparentar en pro de los demás...

Pero con el primer ejercicio de estesis algo quedó claro: necesitamos esto. Necesitamos cercanía, escucha, diálogo, reconocimiento, sororidad, voz, ánimo, aliento... porque ser mujer en esta familia no es fácil. Deseo mucho que esto cambie o que simplemente la experiencia nos lance a algún ejercicio creativo que nos haga más conscientes de nuestros cuerpos (corporeidades).

22 de enero 2022

**

Aquí se evidencia, por un lado, mi vago intento por hacer encuentros grupales que fortalecieran la conversación familiar y por otro, la sospecha de la necesidad de diálogo desde lo individual para salvar lo que queda de unión. Ya que, en ese ejercicio de mostrarnos fuertes ante las otras fuimos hostiles con el sentir de las demás, invalidamos la emocionalidad y asesinamos toda muestra de debilidad propia.

Por consiguiente, hubo una ruptura. Mi familia se disolvió en un ojo de huracán sin retorno y ese es precisamente mi punto de partida.

Debido a lo anterior, las narrativas que me quisieron compartir se dieron desde el encuentro individual... pues era la única manera (incluyéndome) en que cada una se sentía segura.

Ahora bien, una vez expuesta mi dificultad con el diálogo familiar, es necesario decir que a pesar de encontrarme con cada una de ellas de forma aislada hallé en las narrativas fragmentos similares, es decir, que aún cuando no se hablan unas a otras la manera en que interiorizaron el dolor se ve reflejado de forma semejante; todas nos sentimos fragmentadas, rotas o quebradas en la voz, los recuerdos, el deseo y el cuerpo.

La voz

Sin voz no tienes ojos para verte a ti misma. No tienes oídos para oírte. No tienes mente para sostenerte a ti misma cuando hueles el dulzor o los peligros de la vida. Sin voz, tu cabeza está desconectada de tu corazón... sin embargo... puedes parecer colorida en la superficie.

Jeanie Collin Keys

Sin duda, es en la voz donde siento el primer quiebre y es natural si tenemos en cuenta que en una violación no tenemos derecho a decir, a enunciar o a hacernos escuchar... y, en caso de poder hablar ¿importa lo que digamos?

Durante las conversaciones mantenidas con mis mujeres encontré que casi todas sentimos temor al hablar; en algunos casos por miedo a que nuestra voz no importe, en otros a que no nos escuchen y porque nos da miedo que lo que tengamos por decir sea expuesto, manipulado y rechazado. Por ello, optamos por mantener el silencio como el mejor aliado.

Teniendo en cuenta lo anterior, nos sometemos al silencio con la esperanza de mantener nuestra calma. Nos sometemos al silencio para no mostrarnos vulnerables.

Maltrato familiar y prácticamente abuso sexual también lo pasé, lo tuve entre la familia, entonces no... en sí, en sí recuerdos bonitos no tengo.

[...] De por sí que siempre yo he sufrido como que eso que me da pena hablar ¿Sí? Yo era muy callada, no hablaba nada, no preguntaba nada, porque me daba miedo que por todo me regañaban, me pegaban... entonces, debido a eso yo nunca... yo era muy callada: me trataba de defender yo misma lo que yo pudiera, lo que yo entendía... no, trataba de no valerme de nada ni de nadie para evitar que me pegaran o me gritaran.

Que me trataran mal a toda hora... era sobre todo eso, que me trataban mal a toda hora, entonces debido a eso yo no hablaba, sino que trataba de defenderme por mis mismos medios.

Tía 2 - 6 de mayo 2022

Sin embargo, esto resulta problemático si trasladamos esta situación a otros contextos, por ejemplo ¿Qué pasaría si nos vuelven a hacer daño? ¿y si las palabras no brotan cuando tenemos que defendernos? ¿Qué pasa si en una clase lxs docentes piden una exposición oral y nos sentimos incapaces? Y ¿Qué haríamos en medio de una marcha que exige como premisa poner de manifiesto nuestra voz?

Creo que he crecido con miedo a hablar y a defenderme, es muy difícil para mí relacionarme con otras personas... desde que era muy niña siempre fui muy introversa y nunca tuve amigos, no me gustaba hablar con nadie porque sentía que me iban a juzgar o a herir de algún modo, no tenía a nadie en quien confiar más que en mi hermana.

Actualmente sigo teniendo miedo a hablar en público... hablar de mí y de mi vida siempre me hace llorar, incluso cuando voy al médico me cuesta decirle qué es lo que me duele porque siento que me voy a poner a llorar.

Hermana - 11 de mayo 2022

En esta narración —y en las charlas que he mantenido con mi hermana— he notado lo difícil que es para ella hablar y exteriorizar con otras personas. Por lo tanto, el colegio fue una época muy complicada; perdió tres años seguidos décimo grado, ya que para ella era imposible mantener el ritmo académico, lidiar con las exposiciones y tratar de mediar con lxs profesorxs, porque sencillamente el hecho de explicar su sentir la dejaba en un estado de vulneración tan agudo, que prefería guardar silencio y *perder* el año.

Esto mismo es algo que hemos tenido que enfrentar varias en nuestro transitar en las instituciones y por ello, la importancia de pensar lo educativo como un acto descarnado y violento en la medida en que se ignoran las realidades en que viven los estudiantes y priman los contenidos a *transmitir*.

Siguiendo lo anterior, es difícil para muchas habitar el aula desde su particularidad, pues las instituciones exigen unas formas específicas de estar, de modo tal, que si te sales de la “norma” te excluyen... te quitan la voz.

Esto me recuerda a la *Teoría de la Mujer Enferma* de Johanna Hedva (2015), en donde plantea —desde Judith Butler— que «Arendt falla en especificar a quién está permitido en

el espacio público, quién está a cargo de lo público, o específicamente, quién está a cargo de quién accede a lo público» (p. 3). En este contexto pienso que lo *público* son las instituciones y quienes regulan el acceso son lxs docentes, entonces ¿Qué pasa con esas voces que no se escuchan? Y ¿Cómo tener en cuenta a aquellas personas a quienes se les ha arrebatado su voz?



Foto 6: Un día después del grito de la profesora porque me oriné en el salón.



Foto 7: Con mi abusador al lado.

En este orden de ideas, quiero poner de manifiesto que en las instituciones educativas nos encontramos con cientos de voces que se han quebrado por múltiples violencias y que estos espacios lo ignoran por completo. Además, nos encontramos con unas voces que se imponen sobre otras —la de lxs maestrxs sobre la de lxs estudiantes— y no importa de qué manera intentemos enunciarnos en el aula, si no es la forma en que se solicita estamos destinados al exilio. A esto se refería Hedva (2015) cuando dice:

Pensé en todos los otros cuerpos invisibles, con sus puños alzados, acurrucados y fuera de vista. Si tomamos la definición de Hannah Arendt de lo político (que todavía es una de las definiciones dominantes) como cualquier acción pública, debemos lidiar con las implicancias que excluye. Si estar en público es lo que se requiere para ser política, entonces grupos enteros de la

población pueden entenderse como apolíticos, simplemente por no ser físicamente capaces de situarse en la calle. (p. 2).

Si bien Hedva (2015) plantea lo anterior pensando en las protestas, pienso que también aplica a la forma en que estamos, sentimos y existimos en las instituciones, pues allí también se nos exige ser de modos específicos: por un lado, las y los estudiantes deben ser sujetos obedientes, respetuosos y que tengan un perfecto seguimiento de instrucciones; y por el otro, lxs docentes debemos mostrarnos inquebrantables, dueñxs del saber y con un manejo de la voz y del aula absoluto.

No, los profes nos revisaban de vez en cuando las manos, los pies, las medias, los zapatos... pero los que le hacían a uno el feito eran los compañeros; lo veían a uno por ahí sucio despelucado, con los zapatos rotos... entonces lo miraban a uno así y nadie le hablaba a uno, entonces mantenía uno por ahí solo en un rincón.

Bueno, y eso sumado pues a que yo le tenía como miedo a la gente por todas las cosas que me habían pasado de niña... entonces, pues, tampoco buscaba yo como tener amistades, amigas. Sino que era yo por allá en un rinconcito solita.

Tía 1 - 22 de abril 2022

Yo siento que yo no me sentía cómoda en el colegio y, además, me sentía como muy extraña en el colegio, porque además siempre siento que fui una niña extraña: una niña que se aparta, una niña que no socializa, una niña que no conversa con la gente ¿sí? Y que no hace lo que hacen los niños típicamente; sonreír, ser amables... yo siento ahora, que yo era esa niña que al contrario que rehúye la mirada, que rehúye el contacto físico, que no es socialmente aceptable porque si te saludan tú respondes el saludo... tu sonríes o tienes un gesto de amabilidad para con el otro, yo hacía todo lo contrario. Entonces me aislaba, no socializaba... me sentía extraña en medio de la gente. Todo el mundo para mí era raro y muy extraño.

Hermana 2 - 23 de abril 2022

Dado lo anterior, las instituciones nos someten a unas prácticas violentas: lxs estudiantes deben encajar en el colegio y no el colegio en lxs estudiantes. Entonces, en estas narrativas encuentro la voz temerosa de mis tías y mi hermana, que después de haber sido violadas fueron rechazadas... o como planteaba Hedva (2015) eran cuerpos invisibles.

Siento que a la educación le falta humanidad, respeto y cuidado, pues a pesar de ser un campo de constante contacto es un espacio sumamente cruel y violento, si no fuera así no nos encontraríamos con varias niñas y niños temiendo al colegio, sintiéndose diferentes y efectivamente siendo aislados por su particularidad. Ahora bien, nos encontramos en este punto con el miedo a la diferencia, que es una variable constante en contextos educativos.

La institucionalidad siempre tacha de diferente, anormal o enferma a toda persona que se sale de lo esperado según las convenciones sociales, con respecto a esto Hedva (2015) también dice que «“Enfermedad”, como hablamos hoy de ella, es un constructo capitalista, así como su contraparte percibida, “bienestar”. La persona “sana” es aquella que está lo suficientemente bien como para ir a trabajar. La persona “enferma” es la que no puede» (p. 15).

En este orden de ideas, el ejercicio docente implica ir más allá del contenido y abordar las múltiples diversidades que se presentan en el aula; población neurotípica, neurodivergente... pero también a las muchas otras personas que debido a sus contextos económicos y sociales tienen dificultades a la hora de manifestarse. Las rupturas que deja la violencia sexual en el cuerpo se ven reflejadas en la voz y nosotrxs como docentes debemos identificarlas, reconocerlas y darles un espacio, dejar de pensar que se trata de una enfermedad para librarnos del “problema”.

**

No puedo gritar

Nuevamente vacilo sobre el malestar.

Otra vez el absurdo malestar.

Otra vez me duele todo... siempre este dolor.

Nuevamente vacilo sobre el malestar.

Ese que recubre incesantemente cada parte de mí

¿hay algo distinto en mi cerebro? ... ¿me falta algo?

A pesar de comprender la diferencia y reconocermé en ella, siento que algo no está bien.

Hay algo que me atraviesa la garganta; se siente como una hemorragia tras el corte de una cuchilla oxidada: sangre en constante flujo y con el miedo a mostrar una herida infectada... repulsiva.

Otra vez ese maldito malestar en la garganta ¿será la tiroides?

No, es el precio que se paga por lo que no se dice.

Necesito gritar, pero la herida no me deja.

Quisiera cantar, pero el llanto me lo impide.

Quisiera hablar, pero me quedé sin voz.

¿Dónde está mi voz?

Me pregunto nuevamente si tengo alguna condición especial, alguna dificultad en mi forma de aprender y abstraer ideas ¿por qué no puedo hablar? ¿por qué siento que me ahogo si intento comunicar? ¿por qué me irrita tanto pensar qué decir? ... ¿Por qué es tan difícil unirme a las voces de las marchas? ¿Por qué rompo en llanto después de cada exposición? ¿Por qué siento que no importa cuánto lo intente? Jamás voy a encajar...

Es muy difícil saberse vivo y mantenerse.

Si tan solo pudiera desahogar mi sentir con un grito.

He visto que la gente grita en abismos, almohadas, montañas... otras lo hacen deportivamente cada vez que se sienten iracundas.

Pero yo simplemente no puedo, pues en el más mínimo esfuerzo me quiebro.

Otra vez este maldito malestar en la garganta...

No puedo cantar.

Otra vez este maldito malestar en la garganta...

No puedo gritar, nunca he podido gritar.

Me atemoriza mi imposibilidad por gritar; porque estoy segura que no importa el peligro que corra... simplemente me mantendré en silencio.

Porque esta rara condición me cierra la garganta, me asfixia... me llena de miedo y pese a mis vanos intentos, lo único que brota son lágrimas.

Siempre lágrimas.

26 de marzo 2022

**

Las dinámicas de la vida cotidiana requieren que de algún modo nos enunciemos y nosotras, temerosas ante el mundo, preferimos evitar y pasar desapercibidas. En este proceso en que nuestra voz se ha quebrado, se nos ha impedido ser participes de nuestro conocimiento y por ello en algunos casos se abandonó el colegio; ya que este solo provocaba un malestar más grande al ocasionado en casa.

Para concluir, las instituciones —como lo hemos visto hasta el momento— representan una dicotomía entre docentes y estudiantes: lxs primerxs absortos de poder imponen formas de manifestarse en el aula y excluyen a quienes rayan con la diferencia; los segundos, temerosos ante la jerarquía se someten a lo que dicta la norma (ser como se exige o vivir en el exilio).

Por un lado, es importante pensar en cómo está mi voz presente como mujer y como docente, porque una inevitablemente implica la otra ¿si a mí como profa se me dificulta hablar? ¿si la fobia social me impide estar frente a mis estudiantes? Y ¿si no me interesa tener poder en un aula?

Y por otro, es una necesidad reconocer la voz que nuestrxs estudiantes pueden brindar y guiarlxs en ese camino de autoreconocimiento, especialmente si somos profas de filosofía.

Los recuerdos

Ahora bien, siguiendo este camino de identificar los fragmentos o las rupturas que surgen a partir de la violencia sexual —puntualmente de la violación— y sus implicaciones en lo educativo, me parece necesario reconocer que los recuerdos o la memoria se ve algo alterada, distorsionada o simplemente nula. Encuentro entonces que en todas las narrativas que rastree, mis mujeres tienen dificultad para recordar las situaciones en que fueron violentadas y en algunos casos existen dudas sobre si los hechos realmente ocurrieron.

Es como un acto de resistencia natural: un momento disociativo como el mejor método de salvación. No obstante, al olvidar situaciones de forma involuntaria surgen nuevas incertidumbres, miedos y vacíos que se prestan para divagar y autodestruirse, ya que no existe certeza o sentido alguno en lo que se vive y se hace.

Dado lo anterior, quisiera seguir con *La Teoría de la Mujer enferma*, en donde Johanna Hedva (2015) nos plantea lo difícil que es para una persona “enferma” pretender continuar la vida como si no nos habitaran unas marcas vitales que nos hacen estar en el mundo de formas muy específicas. Intentar encajar en la norma ignorando nuestras dificultades solo genera frustración, temor y un impulso inagotable de querer acabar con una misma.

Si quiero tener un trabajo, algo que este mundo decidió que debo ser capaz de hacer, debo tomar medicación antipsicótica a diario, lo que causa pérdida de memoria a corto plazo y que se me caiga la baba, además de otros efectos secundarios muy sexy. Estos huéspedes también han venido acompañados, por crisis nerviosas, colapsos mentales, o como quieran llamarles, tres veces en mi vida. Estoy segura de que vendrán a visitarme de nuevo. Han provocado intentos de suicidio (la mayoría en un estado de disociación) más de una docena de veces, el primero cuando tenía nueve años. (p. 9)

Este fragmento en especial me parece muy oportuno teniendo en cuenta el tema de la memoria, pues, para muchas de nosotras es difícil recordar... ya sea porque los recuerdos fueron bloqueados o porque alguna medicación nos lo impide, por ejemplo, en mi caso particular me diagnosticaron con TEPT (Trastorno de Estrés Post Traumático) —entre las múltiples etiquetas de lxs psiquiatras— y pasé por antidepresivos, ansiolíticos y antipsicóticos; paroxetina, fluoxetina, escitalopram, citalopram, fluvoxamina, trazodona,

clonazepam, haloperidol y clozapina, siendo esta última la que me hizo decidir dejar la medicación.

La clozapina me permitió retomar algo que siempre ha sido un problema en mí: el sueño. Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba volvía a mí una sensación de desaliento, de no querer levantarme ni seguir... solo que ahora no temía a las consecuencias.

Encontré en las “medicinas” una especie de consuelo y una falsa ilusión de encajar en mi familia, en mi barrio, en la universidad, en mi grupo de amigos... en mi cuerpo. No obstante, fue la misma medicina la que me hizo comprender que no importa qué tome, qué consuma, qué haga o diga... yo jamás encajaré en el mundo.

Además, siento que docentes y psiquiatras se toman de la mano para dar un diagnóstico, quizás porque la jerarquía y su posición de poder los enaltece... pero siempre sentencian con su dedo y tras su bata blanca que jamás funcionaré, simplemente no soy *normal*.

Posiblemente, a esto se refiere Leonor Silvestri (2017) en *¿Elegirías curarte si pudieras hacerlo?* cuando dice:

No soy yo quien trata de escapar de mi cuerpo. Es mi cuerpo que trata de escapar de aquí y llevarme consigo. En otra época, en otro tiempo, esto que porto no sería ni una enfermedad ni una condición. Ni siquiera, tal vez, se hubiera manifestado. No pertenecemos acá, me dice cada día. Vámonos. Pero no podemos irnos. No hay adónde.

Un médico me confirma que él prefiere permanecer entre los sanos. Otro me contó que no hay nada poderoso en la enfermedad. Con sus ojos patologizantes, en realidad, no ven que ya están enfermos, de razón, de ignorancia, de medicina y de vida. (p.4)

Es natural que bajo las lógicas de un sistema capitalista que exige unos índices mínimos de productividad me sienta inútil y que jamás encajaré, pero esto tiene que ver mucho con el lugar desde el que me estoy enunciando... si lo hago desde una educación tradicional o desde la psiquiatría que no hace más que encasillar, pues siempre llegaré a la misma conclusión: no sirvo.

No obstante, hay que tener en cuenta que lo queramos o no estamos sometidas a múltiples prácticas conservadoras, patriarcales, religiosas y tradicionales que nos niega

constantemente; pues acceder a lo alternativo es un privilegio que no muchas pueden darse. En este orden de ideas, pongo de manifiesto la dificultad que existe no solo en mí, sino en mis mujeres por seguir la vida diaria sin temor a los recuerdos que se agrietan en nuestra memoria.

El recuerdo más claro que tengo es de Gustavo, en el último apartamento donde vivimos con mi mamá. Hubo una vez que no recuerdo bien por qué estaba sola en la casa con él, él me estaba hablando normal y se sentó en la cama de mi mamá y me abrazó, me hizo sentar en sus piernas y me siguió hablando, en un momento me besó en el pecho, un beso en cada seno, yo era pequeña, pero sabía que él no debía hacer eso, me sentí asustada y me fui para mi habitación. Creo que después de eso él se fue, pero mis recuerdos no son muy claros.

[...] Cuando era pequeña Gustavo siempre me saludaba con un pico en la boca, alguna vez mi mamá me dijo que no dejara que me diera picos, cuando lo iba a saludar o a despedir intentaba voltear la cara para darle un beso en la mejilla pero él me agarraba la cara y me besaba en la boca.

Hermana - 11 de mayo 2022

No es sino hasta en este ejercicio de escucha, diálogo y escritura en que me entero del dolor que atraviesa a mi hermana; ahora entiendo sus constantes silencios, su adolescencia complicada, su indiferencia... pero sobre todo comprendo su “falta de compromiso” con el estudio. Ahora reconozco que yo caí en el absurdo de invalidar su sentir, aún cuando yo sabía en carne propia el malestar que produce un cuerpo ajeno invadiendo el propio.

Esta situación puntual me hace pensar en los muchos llamados de atención a mi hermana, su falta de concentración y lo fácil que era para ella distraerse... era tan evidente y no lo vi. Esos recuerdos rotos no le brindan tranquilidad, pues al día de hoy no está segura si aquello sucedió o no, lo que sí es seguro es que generó mucha inestabilidad e inseguridad hacia cualquier persona... situación que se complicó en el colegio; ya que por el miedo

intenso que sentía nunca quiso hablar y perdió una a una cada materia con tal de evitar cualquier contacto.

Nuevamente me pregunto por el acompañamiento de la institución y específicamente recuerdo a su director de curso; el profesor de filosofía: un hombre sentado en la palabra, rígido, obstinado y violento a la hora de referirse a ella ¿Qué significa ser profx de filosofía en esta situación? Es más ¿Qué era la filosofía para mi hermana? Un espacio de dolor y de rabia, eso fue para ella filosofía... y yo cinco años después lo entiendo.

Si bien la filosofía y la clase de filosofía no es un espacio de terapia, es claro que se trata de un lugar en donde se crea pensamiento y se reflexiona sobre el mismo; no debe atacar o violentar los recuerdos, las emociones... y mucho menos es un espacio revictimizador, sin embargo, es lo que muchxs encuentran.

Teniendo en cuenta lo anterior, la “fama” que tienen las instituciones educativas cobra sentido. Por ejemplo, cuando se le pregunta a una persona que es la educación, un colegio o una/un docente, las respuestas regularmente son “un lugar donde se trasmite conocimiento” o “una persona que transmite conocimiento”, asumiendo de entrada que lxs estudiantes son recipientes vacíos sin ninguna historicidad.

Yo la verdad mira que tengo muchas lagunas con mi infancia y cuando yo la trato de pensar yo siento por ejemplo que toda la adolescencia la borré de mi cabeza.

[...] cuando pasaba con mi hermano yo no recuerdo... yo siento que no tengo tan claro ese escalonamiento.

Siempre era yo la que tenía que ir y siempre era yo la que tenía que estar allá para él, así que no recuerdo digamos como las sensaciones o lo primero que pasó o cómo pasó, de hecho, no... yo siento que durante mucho tiempo no recordé que eso pasaba y lo empecé a recordar cuando empecé a trabajar... llegó como el flash, flash, flash y entendí, pero siento que antes tenía todo eso borrado y de hecho hay muchos, yo sé que hay muchas cosas que han estado borradas ¿sí? Porque además no logro entender cuánto tiempo, cuántos años, cuántos meses, no sé.

Hermana 2- 23 de abril 2022

En esta narrativa evidencio nuevamente un quiebre en el recuerdo; quizás para rescatar la ilusión de que algo “se salvó”. Si bien hay una especie de resistencia en la memoria para mantenerse protegida, me pregunto nuevamente por el rol de lxs profxs, pues como ya lo he mencionado antes no se movilizan, no salen de su zona de confort academicista y definitivamente no son un espacio seguro para sus estudiantes.

Esto anterior lo planteo a partir de lo expuesto en el capítulo anterior, donde mi *Hermana 2* me comparte una dura historia a propósito de su escuela, entonces ¿es la escuela un lugar seguro? ¿pueden ser los docentes una línea de fuga a su realidad? Evidentemente la respuesta es un rotundo no.

[...] Uy no sé, no recuerdo... recuerdo pedazos, otro pedazo ahí, imagínate que una vez llegó mi mamá con un poconón de cajas, que se había separado de Eduardo y que venía por nosotras... a llevarnos. No, pues que primero que lo iba a intentar con mi papá y que, si no funcionaba, pues nos venía a llevar. Entonces imagínate que estábamos ahí en la casa y mi mamá me dijo que no le dijéramos a mi papá que ella había llegado, que la escondiéramos [...] Pero resulta que él ya se había enterado de que mi mamá había llegado y mi papá llegó como un loco, tiró las cosas, cogió un cuchillo y a romper la puerta del cuarto donde estaba mi mamá. Y nosotras gritábamos y gritábamos y él estaba desesperado, no te imaginas lo desesperado que estaba... y se entró al cuarto, abrió, nos empujó, entró y cuando vio a mi mamá empezó a besarla, tocarla... o sea un desesperado, fue una cosa espantosa.

Prima - 17 de mayo 2022

Finalmente, con este corto y fuerte relato quiero poner de manifiesto que existe una necesidad por examinarnos como profesorxs de filosofía, pues se supone que este es el espacio en donde nos cuestionamos por la vida misma; por las creencias y prácticas que obedecen a un orden capitalista y patriarcal. Es en el espacio de filosofía donde debe haber una libre participación acerca de los problemas que aquejan a un grupo determinado...

Quizás en la clase de filosofía estas mujeres pudieron haber comprendido la violencia que estaba inscrita en ellas.

A lo mejor si filosofía se tratara de examinarse a sí misma —como persona— y a las prácticas que nos rodean, la comprensión de dichos recuerdos habría sido distinta y las ataduras a las estructuras de poder serían menos opresivas.

No planteo con lo anterior que la clase de filosofía reemplace la terapia o sea un espacio sanador, no. Lo que intento poner de manifiesto, es que, este espacio académico debería brindar las herramientas necesarias para tomar consciencia, para preguntarse, para tener voz, para argumentar y para recordar y dialogar desde las posibilidades de cada quien.

El deseo

*Cuando miras, mírame partida, rota, mal envuelta
...con la herida abierta pero viva.*

Hierbas – La Muchacha

Como ya mencioné anteriormente; se me quebró la voz, mis recuerdos son sesgados y confusos y ahora es el turno del deseo, ese que hasta el día de hoy está condicionado.

Quizás resulte extraño hablar de deseo, sexo, amor o erotismo en primera persona, sobre todo cuando eres docente. Como ya he mencionado anteriormente es común pensar a lxs profesorxs como personas autoritarias, rígidas, que solo se preocupan por el contenido de las clases y que se toman muy en serio el manejo del aula... después de todo nadie lxs tomará en serio si no actúan conforme a lo que exige una institución.

Además, en ese juego de poder que ejercen —generalmente— lxs docentes, dejan de lado todo sentir e historia que traen consigo; es como si en el momento de ingresar a la institución se despojaran de todo rastro emocional que lxs acompaña.

Lxs profesorxs rara vez hablamos del lugar del eros o de lo erótico en las aulas. Formadxs en el contexto filosófico del dualismo metafísico occidental, muchxs aceptamos la noción de que hay una separación entre el cuerpo y la mente. Al creer esto, lxs sujetxs entran al aula para enseñar como si sólo la mente estuviese presente, y no el cuerpo.

(Hooks, B. 1994, p. 3)

A partir de lo que enuncia Bell Hooks reafirmo la fragmentación que existe en el deseo, en el sentir y en lo emocional, pues efectivamente la institucionalidad nos exige quebrarnos y dejarnos de lado para poder *transmitir* conocimiento.

Ahora bien, volviendo al tema de la violación, me resulta problemático pensar que esta situación se pueda olvidar o simplemente dejar de lado, pues es una marca vital que determina modos de existencia ¿Cómo ignorar esta situación? o ¿cómo dejarla de lado? A mi modo de ser resulta imposible —por lo menos en mi caso y en el de mis mujeres— porque como ya lo planteé en los anteriores fragmentos: en nuestra voz se refleja nuestro dolor y en nuestros recuerdos quebrados se manifiesta inseguridad e impotencia.

Entonces, cuando eres una profesora violada ¿Cómo haces para despojarte de toda sensación/emoción y seguir con el programa de la clase? Evidentemente es posible, pero primero hay que pasar sobre ti y quebrarte más.

En este orden de ideas, mi preocupación en este apartado apunta al concepto *deseo* y cómo las experiencias de violencia sexual y violación configuran formas de vivir al cuerpo —tanto en estudiantes como en docentes—. Teniendo en cuenta lo anterior, es necesario preguntar: ¿Lxs profesorxs sienten deseo? ¿Cómo lo sienten? ¿Se ignora el deseo o el sentir? Y ¿Qué implicaciones tiene para lxs estudiantes que lxs docentes dejen de lado su sentir e historia?

Las preguntas que formulo tienen como finalidad orientar el discurso, a partir de ellas pretendo plantear que es necesario reconocernos como sujetos cargados de múltiples dimensiones y una historia particular. Desconocer la multiplicidad que nos habita no solo nos lleva a violentarnos a nosotrxs mismxs, sino también a aquellxs a quienes “educamos”

**

Deseo nómada

Siempre he querido sentir el deseo como se siente típicamente;

Así; desbordado y animal.

Quisiera que mi cuerpo respondiera a cada estímulo,

Sintiendo cada caricia de forma positiva y no como un golpe.

Siempre he querido sentir el deseo como se siente típicamente;

Que hubiese continuidad en mi sentir y no esta absurda inestabilidad:

Un día mucha atracción y ganas de contacto...

Al siguiente asco, fastidio y rechazo.

Siempre he querido sentir el deseo como se siente típicamente;

No tener que fingir placer para complacer,

Amaría no tener que revictimizarme...

Ni explicar por qué hoy no quiero que me toquen.

Mi deseo se quiebra en cada contacto:

A veces es cariño

Otras veces se siente como puñalada,

Algunos días se siente culpa,

Y otros... dolor.

Quisiera siempre ser la misma,

Ya no romperme más,

Quiero armonía y no autosabotaje.

Siempre he querido sentir el deseo como se siente típicamente;

Sin ver en la cara de mi amante el cuerpo de mi abusador.

Entregarme sin miedo,

Sin vacilar,

Sin sufrir...

Quiero un deseo constante, no uno que ronde más la imaginación que

la realidad.

14 de abril 2022

**

En *Deseo Nómada* intento recoger el sentir de mis mujeres —y el mío— a propósito del deseo y el placer. Allí pongo de manifiesto la fragmentación que hay en este sentir, pues, no

se da de forma tranquila... sino que es como una convulsión; algo incontrolable y que tiene picos muy altos, crisis y malestar.

Ahora, traslademos estas sensaciones a un contexto escolar, claramente son situaciones que se niegan y se les da prioridad a los temas de clase. El malestar y las emociones que lo acompañan son temas que se trabajan en orientación, sin embargo ¿es imposible como docentes reconocer la totalidad de nuestrxs estudiantes? ¿es indispensable borrarlos y despojarles la emoción? ¿es más fácil aprender sin contexto... sin su historia?

Durante muchos años creí que solo los hombres podían desear y sentir placer, y nosotras, las mujeres, éramos objeto de deseo.

Esto era lo que yo veía y vivía en casa casi siempre.

Recuerdo que con tan solo tres años sentí el olor del Boxer —pegante— que inhalaba mi hermanastro mientras sus ojos estaban en blanco... a decir verdad no sé si se debía a que me obligaba a tocarlo o era por la sustancia que respiraba.

Con tan solo tres años aprendí que debía mover rítmicamente mi mano para estimular a un hombre, bueno, a mi “hermano”.

Aunque el recuerdo que expongo me genera más vergüenza que dolor, me parece oportuno dado que, es el primer recuerdo que tengo con respecto a mi sexualidad, la forma en que percibo mi cuerpo y la manera en que debo usarlo para satisfacer a otros. Esto inevitablemente tuvo repercusiones en mi desarrollo y en mi manera de aprender, por ejemplo, detrás del colegio había/hay un expendio de drogas y consumo de las mismas... era natural sentir el olor de distintas sustancias, entre ellas el Boxer ¿Qué me pasaba por la mente al sentir ese olor? A decir verdad, no lo recuerdo... pero es sencillo inferirlo. Vuelvo al mismo tema ¿Qué hubiese pasado si lxs profesorxs se hubieran percatado de la situación? ¿Sería distinto si la institución me hubiese pensado más allá de repetir —o no— los contenidos vistos en clases?

Ahora bien, si hago un rastreo de lo que el colegio me “enseñó” sobre educación sexual debo decir que todo siempre apuntó a una heteronormatividad exacerbada, situación que reforzó mi idea de que soy objeto de deseo y no sujeto. Dado lo anterior, vivía inmersa

en un mundo en el que sentía una extrema necesidad de complacer a los hombres que me rodeaban: mostrarme sumisa, tranquila, callada y obediente.

Esto anterior no fue diferente en las instituciones en las que estudié; de hecho, por muchos años sentí mayor respeto por mis profesores varones que por sus colegas mujeres. Quería aprobación, una sonrisa o simplemente una buena nota.

Recuerdo también que una vez (en primer grado) cogí y guardé un yogurt de la maleta de un compañero, tenía mucha hambre.

Después de revisar las maletas se dieron cuenta que yo era la “ladrona” y me expusieron públicamente frente al resto de la clase, lloré mucho... me sentía terrible.

Unas horas después, o minutos... no lo sé, aquel niño metió sus manos bajo mi falda y me acarició las piernas; yo me sentía incómoda, pero a la vez agradecida de que me perdonara. Luego se volvió costumbre, siempre metía sus manos bajo mi falda y si no me dejaba le recordaría a todos que yo era una ladrona.

En este relato se evidencia nuevamente el refuerzo hacia la heteronormatividad, pues la profesora Juliana nunca le pareció grave que aquel niño me tocara sin mi consentimiento, es más le parecía gracioso y esto solo indicaba que él sería un galán... un hombre coqueto.

Entonces, la heterosexualidad se aprende en múltiples y capilares situaciones y gestos, como cuando la maestra no interviene ante el insulto homofóbico, cuando el papá declara con orgullo que su pequeño hijo le silba a las chicas, cuando las niñas ríen a carcajadas y son reprendidas por falta de delicadeza, cuando la pregunta del adultx interroga si el niño tiene novia como única posibilidad, cuando en las telenovelas las historias de amor son recurrentemente hasta el hartazgo entre un varón y una mujer, cuando se festeja a la embarazada y se acosa sistemática y burlonamente a la joven que no tiene novio, cuando un copioso silencio ocupa el lugar de una identidad como lesbiana.

(Flores, V. 2015, P. 30)

Solo para aclarar, cuando me refiero a pensar el deseo desde lo institucional, no tiene que ver con el exhibicionismo o con exponer detalladamente la vida sexual de cada quien. Sino que, hay una necesidad por reconocer la sensibilidad de lxs otrxs y que detrás de esas sensaciones hay unas historias que los fundamentan.



Foto 8: Dibujo Salomé

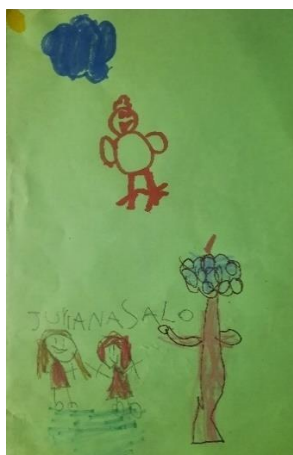


Foto 9: Dibujo Juliana

«Los adultos pueden decidir quién hace parte de su familia, a uno de niño le toca vivir donde los papás escojan» Salomé — 6 años— 26 de octubre 2021.

Cuando hablamos de deseo, debemos comprender que es un concepto que va más allá de lo sexual y con ello podremos comprender que lxs niñxs también lo sienten; deseo por algún juguete, alguna situación, algún lugar, persona etc. En este ejercicio Salomé y Juliana (hijas de mi prima) dibujaron y describieron a su familia ideal.

A lo largo de mi camino y del diálogo con otrxs docentes me he encontrado con la idea conservadora de que la familia nuclear —padre, madre e hijxs— es la única válida. Cualquier orden familiar fuera de este se considera “disfuncional” ... problema que se replica en las instituciones, entonces nos encontramos con niñxs angustiadx y avergonzadx por su estructura familiar.

Lo anterior nos lleva indudablemente a una ruptura del deseo: la familia que tengo vs la familia que *debo* tener ¿Qué pasa si las niñas —en este caso— han vivido maltrato por parte de su padre y por ello ya no es una familia nuclear? ¿Y si a pesar de toda la violencia las niñas desean a su familia “completa”?

Esta situación se vuelve compleja en la medida en que se desconoce la realidad de las niñas y lo que han tenido que pasar. En esa medida es violento cuando en una clase describen a una familia como mamá, papá e hijos como la única forma válida. Por ello, en este ejercicio fue indispensable hablarles antes de diversas familias y aclarar que todas son válidas a su manera; estos dibujos fueron el resultado de un ideal... fue un pequeño logro por reconocer su deseo.

Reconocernos como seres sintientes y cargados de deseo, implica algo de simpatía y de comprensión por la sensación de lxs demás. Por ello, muchas veces nos encontraremos con historias desgarradoras o simplemente con situaciones que como profesorxs tenemos el poder de detener, reflexionar o discutir.

Para finalizar, es necesario tener presente que el deseo se manifiesta de múltiples maneras: en como quiero una familia, en cómo me siento con una pareja, qué sabores disfruto, qué sensaciones me agradan, en qué momentos me siento más cómoda etc. Y en la medida en que yo como profesora reconozca que soy un ser sensible al igual que mis estudiantes, les puedo brindar la posibilidad de comprenderse más ampliamente y no estaré fragmentando su deseo conforme a las “necesidades de la clase”.

Una poética del daño no como reivindicación del dolor, sino como una condición que permita desarmar esas pedagogías de la ignorancia que informan nuestro hacer educativo, (re)inventar otras pedagogías emancipatorias, otras prácticas escolares, otras culturas sexuales públicas democráticas, otros modos de conocimiento del cuerpo y los afectos, que se

sustenten en la autonomía corporal, la autodeterminación sexual y la relacionabilidad mutua. (Flores, V. 2015, p. 17)

Concluyo con este apartado de Valeria Flores en *Afectos, pedagogías, infancias y heteronormatividad*, porque allí describe las formas en que podemos orientar unas prácticas más emancipatorias: pues cuando puedes sentir a plenitud tu deseo puedes comprender mejor tu cuerpo y seguramente, la forma en que lo percibes será más completa.

El cuerpo

Todo cuerpo tiene un número de partes que le pertenecen conforme a una determinada relación de movimiento o de reposo que le caracteriza. Lo malo vendría a ser aquello que descompone la totalidad o parte de mis relaciones constitutivas. Es decir, aquello que fuerza a mis partículas a tomar otra relación que no corresponde a mi conjunto.

Leonor Silvestri

Para finalizar este capítulo, es indispensable hablar del cuerpo en su totalidad; nuestros cuerpos y su fragmentación. Si bien ya expuse cómo la voz se quiebra, el recuerdo se dilata y el deseo es confuso, hay muchos más elementos que presentan grietas, por ejemplo, los sentidos o el sueño.

Por ello, prefiero hablar de la generalidad de los cuerpos, cómo sentimos una ruptura en ellos y qué implicaciones pedagógicas tiene llevar una corporalidad incompleta, vacía, rota o inestable —como lo sentimos mis mujeres y yo—.



Foto 10: Con el enemigo cerca.

En este orden de ideas, cuando hablo de fragmentación me refiero a la separación que existe entre las diferentes dimensiones que nos tejen, es decir, la parte emocional, física, cognitiva, psicológica etc. Este quiebre es natural en una violación en donde por principio básico nos reducen a un cuerpo físico ¿Dónde queda la parte emocional? ¿importa la cognición en ese instante? ¿y... al victimario lo detienen las implicaciones psicológicas?

Además, pensemos en la división platónica que ha existido entre cuerpo y alma a lo largo de la historia de la humanidad.

La contraposición radical planteada por Platón entre el mundo de las ideas – espíritu- y la materia –cuerpo-, con altos y bajos se han mantenido. Axiológicamente, al espíritu se lo considera depositario de las bondades y virtudes y a la materia emporio de los vicios y males. El mito de la caverna nos muestra nuestros cuerpos como burdos y lastres que de manera insuperable nos impiden acercarnos al mundo de las ideas del cual forman partes nuestras almas, aprisionadas, cual en inmundas mazmorras, en nuestros cuerpos.

Malo, C. 1998, p. 4

Al abordar el concepto de cuerpo, inevitablemente también nos encontraremos con otras acepciones que aluden al mismo. Entre muchas de las concepciones que se tienen del mismo, vemos que en la actualidad sigue vigente la idea platónica en donde alma y cuerpo son contrarias, problema que identifiqué tanto en instituciones como en hogares.

Dado lo anterior, la dicotomía entre alma y cuerpo no es un debate que se de solo en filosofía, por el contrario, es un planteamiento común en muchos hogares o en situaciones de la vida cotidiana: pensar que el cuerpo físico se corrompe más fácilmente, que después de la muerte el alma se va a un lugar mejor, creer que “el alma” es superior en tanto que es etérea o en frases cliché como “el exterior no importa, lo que cautiva es el interior”.

Es como si yo me saliera del cuerpo ¿no? [...] yo siento como que muchas veces me salía del cuerpo, creo que yo aprendí como a no sentir... o sea ¿cómo te lo explico? Porque es difícil explicarlo [...] yo sentía que me salía del cuerpo y como si desde fuera estuviera mirando la escena.

Hermana 2 – 23 de abril de 2022

En la narrativa anterior se expresa de manera evidente esta ruptura corporal y es totalmente comprensible dado el contexto. Algo que nunca se habla, más allá del acto de la violación, son esas dudas que surgen en el momento ¿debo gritar... qué pasaría si lo hago?

¿debo aguantar? ¿debo aparentar placer o miedo? ¿después de esto me visto o me visten? ¿salgo normal o permanezco un rato en el lugar? ¿infiero la amenaza?

En el acto de la violación o al ser violada surgen muchas dudas, quiebres y miedos, la única salvación es salirse de sí misma... al mejor estilo de un juego de rol cruel y despiadado. Solo de este modo logramos sobrevivir, pues crea una especie de esperanza de que no todo se corrompió; algo se mantuvo vivo, fuerte, seguro y alejado de la situación: el alma.

Era un muñeco al que le estaban haciendo cosas como dices tú, ahí sí esa referencia tan horrible de la de la *vaca muerta*... creo que eso era lo que yo vivía exactamente en cada encuentro sexual ¿sí? Entonces el otro lo disfruta, el otro disfruta mi cuerpo, pero yo no estaba ahí.

Hermana 2 – 23 de abril 2022

La dicotomía entre alma y cuerpo se ve reflejada en esa ruptura corporal, en donde ignoramos nuestro cuerpo para sentirnos a salvo... seguras. No obstante, este quiebre ocasionó — en muchos casos— un rechazo hacia nosotras mismas y una sensación de culpa que sustentara de algún modo lo que pasaba ¿por qué no hice nada? ¿por qué permanecí en silencio? —voz— ¿por qué no recuerdo mucho de lo que sucedió? —recuerdo— O ¿por qué a veces quiero que suceda nuevamente? —deseo—.

Una de las primeras veces que abusaron de mí fue cuando mi mamá se murió...eh, no sé, creo que tenía como 11 años y entonces me tocó empezar a trabajar. Entonces era aquí abajo, como a dos cuadras ¿se acuerda de la panadería de *los gordos*? Ahí.

Empecé a trabajar lavando ropa y arreglando esa casa, pero sí, yo era muy pequeña, entonces todo me quedaba mal y el señor me cascaba. Pero un día me empezó a encerrar con candado y luego, entonces me empezó a tocar todos los días que porque dejaba la ropa sucia y pues sí me entiende, yo trataba de pensar en ese momento que así debe ser y que por lo menos tenía un trabajito.

Yo lo que hacía para aguantar, eh entonces, lo que hacía era imaginarme lavando la ropa mucho mejor y juhm, cuando me daba cuenta ya todo se había acabado. Como si nada hubiera pasado.

Tía 1 – 3 de mayo 2022

Hay una serie de complejidades en todas estas narrativas; si bien alejarnos de la situación (por lo menos mental y emocionalmente) nos salvó un poco, también es cierto que eso generó un rechazo hacia lo propio: al cuerpo... a lo físico. En este punto, ya no sabemos a quién culpar o con qué quedarnos ¿Qué es mejor... el cuerpo o el alma? Y en mi caso particular —que no creo en el alma— ¿Qué me queda? ¿Qué soy? ¿Qué parte de mí se salvó?

**

Cuerpo Fragmentado

Me falta algo y eso es evidente.

Siento un vacío... pero no sé en dónde.

¿dejó mi cuerpo de ser mío?

Entonces ¿qué me pertenece... qué soy?

Soy un hueco en el que se deposita basura,

Un ser sin cuerpo;

Sin voz, recuerdo ni deseo.

Me falta algo y eso es evidente;

No me culpes por ver en tu rostro la razón de mi dolor,

Estoy rota y ya ni puedo diferenciar...

Tengo miedo a perder lo que ya perdí;

Siempre es el mismo miedo.

Siento angustia,

No quiero perder los pedazos que me quedan.

¿seré un alma? ... ¿existe el alma?

¿Soy un rostro?
¿Soy un hígado, pierna o corazón?
Soy un fragmento, pero no sé de qué.

Me falta algo y eso es evidente;
¿Algún día podré recuperarme... completarme?
10 de mayo 2022

**

En *Cuerpo Fragmentado* trato de manifestar el vacío que nos acompaña y las dudas que surgen a partir de ello. Ahora bien, todo esto tiene consecuencias indiscutibles en colegios, instituciones o en el mundo académico en general:

- Mi tía 1 prefirió no volver al colegio por miedo a las burlas y no entender de qué hablaban. Era confuso discernir entre lo que pasaba en casa y lo que pasaba en el colegio.
- Mi tía 2 no estudió más allá de tercero de primaria y se escapó muchas veces de la casa para evitar abusos. Encontró unos nuevos a donde se iba.
- Prima intentó escapar de nuestro contexto, lo cual la llevó a casarse precozmente y dejar su educación.
- Salomé y Juliana; la primera es algo violenta porque es lo que ha vivido y la segunda, bueno, ya con 7 años le es difícil hablar... hacerse entender.
- Hermana, tiene dificultades para mantener su atención, para hablar y decir qué piensa. Perdió 3 años seguidos en el colegio hasta que la echaron.
- Hermana 2, es muy insegura académicamente y aunque sus alcances han sido grandes, sigue en la búsqueda de una *sanación*. Hay días en que le cuesta salir de la cama.
- Y yo, nunca he sido un modelo a seguir en ningún aspecto, todo me ha costado mucho... una muestra de ello es que llevo casi 8 años en la universidad y aún me pregunto si soy capaz de mantenerme con vida.

Claro, estas situaciones son muy específicas y dadas en mi contexto, sin embargo, puedo afirmar que no es algo alejado a lo que sucede en las instituciones actualmente. Nos encontramos en un país supremamente violento y cruel donde es común encontrar un caso

de abuso sexual cada día; el proceso de remitir y activar rutas de atención en los colegios es totalmente mecánico. Es la realidad de cada día.

No obstante, me pregunto más allá de un seguimiento de casos ¿Qué se hace? Pues con el tiempo los casos quedan en el olvido, pero la sensación... la fragmentación se mantiene ¿y si alguien empieza a tener miedo de ir a estudiar? ¿y si las imágenes violentas no salen de su cabeza? ¿y si lxs compañerxs se burlan? ¿y si se empieza a odiar al cuerpo? ... ¿y si empieza a surgir un deseo inagotable de morir? ¿y si la vida solo propaga dolor? ¿y si nunca logran encajar?

Además, el cambio hormonal y el cambio físico [...] cuando paso a la adolescencia paso a ser una niña con una estética no deseada y, al contrario, muy... pues como muy violentada, entonces yo era una niña gordita, muy gordita ¿sí? Y era una niña que odiaba su cuerpo y que no me sentía a gusto con ese cuerpo; entonces me escondía. Yo recuerdo que escondía todo lo que pudiera ser sexualizado: entonces mis senos, mi cuerpo, la cola... porque además tenía una cola muy grande.

Hermana 2 – 23 de abril 2022

Esta narrativa representa a todas las mujeres de mi familia y sin duda, a cientos de niñas, adolescentes y mujeres. Como mencioné antes hay un rechazo por lo propio; por el cuerpo.

Esta situación se refuerza en las instituciones educativas, en donde al entrar a un aula se exige, tanto a estudiantes como a docentes, despojarse de todo sentir o emoción ¿entonces quienes somos o en quienes nos convertimos en los colegios? Muchxs profesorxs, como animales carroñeros, se quedan con los restos que nos quedan... con nuestros fragmentos que se mantuvieron con vida.

En este sentido, una comprensión consciente, total y completa de nuestro cuerpo se ve truncada en primer lugar, por la violencia sexual, y, en segundo lugar, por las instituciones de poder que intentan domesticar y homogenizar nuestras corporeidades; por ello, es natural que cada área del saber se limite a “usar” la parte del cuerpo que le interesa: por ejemplo, en

matemáticas generalmente no importa más que la cognición y en educación física solo se enfocan en lo físico.

Ahora bien, lo anterior me parece problemático si tenemos en cuenta las múltiples violencias que viven estudiantes y docentes, porque si me da pena y me incomoda mi cuerpo ¿cómo puedo estar en clase de educación física? ¿y si sentir cuerpos sudando y respiraciones agitadas cerca de mí me recuerda a mi abusador? Esto, era lo que yo vivía en esta clase y muchas veces perdí la materia porque me negaba a quitarme el pantalón —era obligatorio— durante las pruebas.

Lo anterior, es solo un ejemplo aterrizado a una clase puntual, pero aquello aplica para cada área. Entonces, para mí es importante que como docentes —de cualquier asignatura— especialmente de filosofía, reconozcamos todo lo que constituye a un cuerpo y las múltiples variables que en él surgen. Filosofía en este contexto, no es repetir lo que ya han dicho los autores ni limitarnos al pensamiento. Es brindar herramientas discursivas, argumentativas, de reflexión y análisis para poder comprender las violencias que infortunadamente encontraremos en las aulas.

Ser filósofxs y/o profesorxs de filosofía —por lo menos en este país— implica reconocer los fragmentos del otro y ayudarle con estrategias que le permitan sentirse parte del mundo, sentir que encaja y que su particularidad es necesaria.

Capítulo 3. Resignificar los fragmentos

*Mi pecho lo parte una chaguala
Que atraviesa garganta y ombligo
Pero no muere tan fácil la hierba mala
Porque un dolor siempre cargaré conmigo*

La Muchacha y Realidad Mental

Este capítulo tiene como fin concluir y reconstruir, de algún modo, lo que se ha tejido a lo largo del proceso investigativo. Para ello, retomaré los 4 fragmentos identificados en el segundo capítulo y sus implicaciones pedagógicas. Además, pondré de manifiesto la necesidad del *cuidado* en procesos de aprendizaje significativos, constructivos y contextualizados.

Lo expuesto en este trabajo fue el producto de un ejercicio de reflexión y comprensión por pensar desde lo propio. Siempre me parecieron muy violentos comentarios como: “lo

tuyo no fue tan fuerte como lo que le pasó a” “afortunadamente no viviste estas cosas en una guerra, allí sí que es duro” “por lo menos tú sigues con vida” etc. Estas son frases que generalmente escuchamos o repetimos para “alivianar” la carga de quien ha sufrido violencia.

No obstante, estas frases las hemos escuchado toda la vida y las hemos interiorizado, a tal punto que, nosotras mismas juzgamos nuestro dolor ¿por qué aún me duele? ¿Por qué aún no lo supero? ¿será que en algún momento sanaré? ¿encajaré?

No, nuestras violaciones no fueron en un contexto de guerra ni somos parte de las estadísticas de violencia sexual porque nunca pudimos hablar, pero tampoco tuvimos quien nos diera una voz... nos escuchara.

Yo nunca sentí, pensé que alguien me pudiera salvar de esa situación, nunca lo contemplé; para mí si estaba pasando era porque nadie había detenido la situación, o sea, nadie me estaba cuidando... nadie me iba a cuidar, nadie me iba a salvar de esa situación.

Hermana 2 – 23 de abril 2022

Esta pequeña narrativa expone lo que todas —en la familia— sentimos: nunca nos sentimos respaldadas ni pudimos confiar, por el contrario, temíamos al rechazo, a los golpes o a la separación de nuestras familias.

Es por ello, que en este ejercicio de escritura y escucha me dediqué a mi propio análisis. Porque descubriéndome encontraría las mejores herramientas para ser profe sin dañar ni violentar a otrxs. Claro, es un camino que apenas inicia y posiblemente me queda mucho por trabajar, sin embargo, “examinarme” desde mi lugar de enunciación me ha permitido emprender este camino.

Por un lado, en este proceso logré identificar cuatro fragmentos, cuatro formas en que mis mujeres y yo nos sentimos frente al mundo. Por otra parte, gracias a lo anterior, soy consciente de la necesidad de enunciarme desde mi contexto y desde las formas en que me es posible.

Otras formas de mi voz.

Dado lo anterior, una vez que reconocí la dificultad que tenemos por hacernos escuchar, sentir y estar presentes —la dificultad de “no tener” una voz—, entendí la necesidad de pensar los conceptos, situaciones y formas de ser más allá de lo típico.

En este sentido, tener una voz no significa lo que plantea el concepto más básico del mismo —producir un sonido—, sino que la voz se manifiesta de múltiples formas. Es decir, la voz tiene distintas líneas de fuga que permiten comunicar de otros modos; la voz puede ser un dibujo pidiendo ayuda (*me es difícil hablar, pero aquí muestro lo que quiero decir*), puede ser presencia (*me siento terrible hablando, pero aquí estoy presente mostrando que quiero aprender*), puede ser ausencia (*me cuesta hablar, ojalá noten lo mal que estoy y que por eso faltó*), una voz puede ser esa notita que pasa de mano en mano en un aula, puede ser un poema en un día de crisis, puede ser esa canción que a veces te ponen a escuchar (*porque yo misma no puedo enunciarlo... pero la canción me ayuda*).

En fin, tener una voz no debería implicar llevar a cabalidad lo que el concepto mismo dice típicamente, pues como ya lo planteé hay otros modos de decir, algunos más efectivos y tranquilos para quienes nos cuesta hablar.

Este mismo trabajo por escribir, reflexionar y plasmar de la forma más delicada una serie de hechos crueles es mi forma de poner de manifiesto mi voz. Quienes me conocen saben de mis crisis de fobia social y mis ataques de llanto después de un momento de exposición, también saben que la comunicación oral no es mi mayor fortaleza, así como tampoco lo es hablar de mí y de mi vida.

No obstante, este transitar por la Licenciatura en Filosofía me ha dado las herramientas para comunicarme desde la escritura, por ello, esta investigación es tan importante y necesaria desde dos puntos de vista: en primer lugar, reconocí mi voz en la escritura y, en segundo lugar, es gracias a este ejercicio —y a mi privilegio de llegar a la educación superior— que puedo rescatar y darle voz a mis mujeres, para ellas es muy importante que sus voces estén acá, sienten que lo que pasó fue importante y que después de tantos años no solo se les preguntó sobre ello... sino que además sus historias permanecerán en el documento más importante de la carrera.¹¹

¹¹ Comprendo que hay documentos quizás más importantes e interesantes para la carrera, no obstante, para mi familia este lo es todo porque su voz está allí.

Finalmente, esta oportunidad de reconocer mi voz en este proceso me permite ser mejor profesora en la medida que, soy/seré consciente de las dificultades que hay a la hora de participar y esto me permitirá brindar escenarios múltiples de participación... en donde cada unx pueda enunciarse desde un espacio seguro.

Filosofía: una forma de reconocer los recuerdos

Ahora bien, en cuanto al tema del recuerdo, me parece un fragmento muy necesario si tenemos en cuenta sus implicaciones en un contexto educativo o académico. Pues, la memoria es un elemento que tenemos presente no solo en la vida cotidiana, sino en los procesos de aprendizaje.

Como mencioné en el fragmento *Los recuerdos* en el capítulo anterior, resulta complicado —por no decir imposible— para lxs estudiantes llevar un proceso homogéneo y lineal cuando sienten que la memoria les “juega una mala pasada”, es decir, es difícil llevar un proceso educativo igual al de lxs demás cuando te cuesta concentrarte, cuando tu lapso de atención es muy corto o cuando sonidos, comentarios, olores etc. te recuerdan algún malestar.

También, puse de manifiesto que debido al uso de medicamentos psiquiátricos me era muy difícil mantenerme despierta, alerta o simplemente atenta a mis clases. Lo que hacía que las clases fueran insoportables o una tortura.

Esto anterior, no es nada alejado a la realidad de muchas personas y puedo afirmar con certeza que el uso de ciertos medicamentos, vivir situaciones difíciles de manejar y no poder enunciarte desde tu contexto, frustra de múltiples formas los procesos de aprendizaje. De hecho, cuando en las instituciones exigen dejar los problemas de la casa en la casa, lo único que se incentiva es fragmentar más los recuerdos... lo que importa y lo que no.

Dado lo anterior, es natural que encontremos en los salones sujetos con nostalgia, dolores y muchos vacíos: pues la academia siempre le ha dado prioridad al contenido y no al sentir, pero ¿qué haremos cuando nuestrxs estudiantes sientan la muerte como la única salvación? ¿no es nuestro trabajo posibilitarles una comprensión más amplia del mundo?

Estoy segura que en este camino de la docencia me encontraré con muchas personas que sienten que no encajan, que se sienten ajenos a la vida y que quisieran partir por miedo al futuro ¿Qué haré yo?... ¿y si no me cuentan cómo se sienten?

Claro, en un mundo en donde todo está controlado por instituciones que someten a los cuerpos a sentir de formas puntuales, es muy difícil sentir que no encajas. Es más fácil sentirse quebrada en un espacio en donde ya todo se ha dicho, es decir, es lógico sentir que no hago parte del mundo cuando el mundo que me rodeó siempre ignoró mis posibilidades particulares, donde se rechazó mi silencio y donde no se profundizó en mis recuerdos... en lo que está presente en mí.

Vivimos inmersxs en un mundo en el que la memoria o los recuerdos propios carecen de fundamentos teóricos... de importancia ¿Qué importan los recuerdos? ¿qué importa mi sentir? Creemos que nada de ello importa, no obstante, siempre están ahí quebrándonos de a poco.

En este orden de ideas, claro que muchxs sienten la vida de forma ajena... pues así nos lo exige la academia. Y ni se nos ocurra pensarnos, porque es en ese momento en que dejamos de encajar en la estructura del mundo. Por ello, por la dificultad de acoplarnos en la vida, muchos deciden morir y muchos optan por asesinar.

Una fortaleza de lxs filósofxs o de lxs profxs de filosofía, es que contamos con la posibilidad de preguntarnos más allá de lo que se ha planteado. Es en el espacio de filosofía en donde yo encontré la posibilidad de sentir, hacer y construir conocimiento desde el pensamiento. Claro, existe quienes trabajan desde lo tradicional y limitan la filosofía al pensamiento existente.

Pero, si nuestra práctica docente se centrara en reconocer aquellos recuerdos que habitan a nuestrxs estudiantes y, si les permitiéramos que esos recuerdos se convirtieran en una parte importante y necesaria en la construcción de su conocimiento, probablemente nos encontraríamos con personas menos quebradas... o por lo menos, no sentirían ese impulso constante de encajar.

Filosofía en este contexto, es un espacio de diálogo que reconoce al otro... es un espacio de escucha y de construcción constante.

Filosofía en una forma de reconocer los recuerdos, validarlos y comprender que en el mundo hay espacio para vivir más allá de la estructura.

Libertad del deseo

Frente al deseo no hay mucho por decir, pues, todo se resume en respetar los diversos modos de querer, desear y sentir en el mundo.

En este sentido, este proceso investigativo aboga por aquellxs en que el deseo no se nos da de forma “común”, por aquellxs que nos salimos de la línea y que somos discontinu@s en nuestra manera de querer.

Para mí ha sido vital este ejercicio de escritura y análisis, sobre todo en términos del deseo; ya que es un elemento constante en la vida cotidiana y en cada espacio. Es en el deseo donde me siento más ajena y donde siento mayor dolor: pues allí se ven expuestas todas las marcas vitales que me atraviesan... allí es donde se manifiesta mi ser vulnerable.

Por otra parte, al reconocer mi deseo y las formas en que se representa, me convengo de lo importante que es esta parte en lo institucional; pues, ahora puedo comprender que es un factor que está inmerso en todo contexto... negarlo resulta absurdo. Encuentro entonces que docentes ocultan su sentir y posteriormente, les niegan esa posibilidad a sus estudiantes. Pero ¿y si no nos negamos la emocionalidad? ¿y si la educación generara más espacios sentidos? ¿y si las distintas asignaturas reconocieran el deseo?

Como ya había mencionado en el fragmento *El deseo* en el capítulo anterior, es importante tener en cuenta que el deseo se manifiesta de múltiples maneras —va más allá de la connotación sexual— y está presente cuando tengo la capacidad de decidir qué quiero: cómo quiero una familia, cómo quiero a mi pareja, cuando reconozco mi orientación sexual, qué sensaciones me agradan, en qué espacio del aula me siento más cómoda, etc.

Para concluir, es necesario que yo como profesora me reconozca como ser sensible al igual que mis estudiantes, pues es desde allí que puedo brindar la posibilidad de que se comprendan más ampliamente. Además, esta posibilidad de explorar y conocer el deseo propio propiciará espacios más significativos porque fomentará criticidad tanto en nosotrxs, como en nuestrxs estudiantes.

Construirse desde un cuerpo roto

Después de examinarme desde mis experiencias y las de las de *mis* mujeres, puedo decir que me identifico como una mujer con un cuerpo roto, quebrado o fragmentado. Puedo decir ahora que no me siento como una sobreviviente, porque como lo mencioné al iniciar todo este ejercicio de escritura: lo que viví es un dolor que me ha calado hasta lo más profundo.

No obstante, no dejo de lado que ha sido un proceso satisfactorio conmigo misma; pues, a lo largo de mi vida me he mantenido inquebrantable, dura y rígida. Y, aunque soy

una persona extremadamente sensible, muchas veces fui y soy violenta con mi manera de sentir. Muchas veces la muerte fue la única respuesta... la solución definitiva.

Ahora, —aunque con el cuerpo roto— siento mis posibilidades menos limitadas. Me sentía obligada al perdón y al olvido, pues se supone que eso me permitiría seguir adelante, pero entiendo que optar por ello implica invalidar mi sentir ¿por qué se supone que debo perdonar a mis agresores? ¿por qué debo olvidar cada cosa que me hicieron? ¿Por qué debo dejarlos “en paz” para seguir con mi vida?

En mi caso el perdón no es una posibilidad, soy consciente del dolor y las cicatrices que dejaron en mi cuerpo. Perdonar sería ignorarme. Perdonar implicaría culparme. Perdonar —en mi caso— me invalida.

Me reconozco como un cuerpo fragmentado.

Hoy levanto cada trozo de mí con el mayor amor que me habita, porque son estos pedazos quienes me mantuvieron con vida y llegar a donde estoy. No quiero disolver estos fragmentos en el olvido; hacen parte de lo que soy y de lo que viví.

He leído muchas veces que una violación o ciertas violencias no determinan mi existencia, veo que están equivocadxs... a mí me configura esto, a mí estas narrativas me han constituido y me han tejido de una forma particular. No con ello afirmo que gracias “a ese hecho” soy lo que soy, no. Sino que en ese proceso destructivo sobrevivieron unas partes, unos trozos... que hoy sostengo pese a todo pronóstico.

Tengo un cuerpo agrietado, con muchos vacíos y carencias. Pero lo que se ha mantenido aquí conmigo, son aquellos trozos que resistieron a la muerte y yo, quiero mantenerlos con vida. Por ello no olvido. Por ello no los callo. Por ello en este proceso de investigación no hice más que exponerme de a poco: reconociendo la forma en que mi voz se manifiesta, comprendiendo mis recuerdos y dándoles importancia, aceptando la forma en que el deseo se me presenta... amando mi cuerpo roto. Ahora intentaré no negarme, no invalidarme y permitir quebrarme.

Me niego a ser páncreas e hígados resistentes, experimento genético, mejor obrera, perfecta mamá, que no contagie su deformidad al vástago que jamás pariré, policía que consiga ir por su propio pie con la herida de bala a cuestas y sobreviva para seguir patrullando el bien. Hacer vivir y dejar morir intercepta en función de las posibilidades de acceso a diagnosticar, dar

tratamiento e inclusive sostener un cuidado habitable tanto para quien lo da como para quien lo recibe.

Silvestri, L. 2017 (p. 6)

Al igual que Leonor Silvestri tengo un cuerpo roto, sí, pero esta es la forma en que me reconozco. En muchas ocasiones siento vacío, sí, pero es desde allí que conecto con mi sensibilidad... en que me construyo, en que me siento parte de. Por ello, me niego a enunciar me como sobreviviente de múltiples violaciones, a crearme sana y llena de bienestar.

Este ejercicio de escritura, de diálogo y de aceptar mis fragmentos me hace mejor docente, mejor guía y mejor acompañante. Pues ahora seré más cuidadosa y podré brindar otras posibilidades para estar en el aula, para participar y para construir conocimiento.

En fin, este duro camino me exige ser coherente con mi práctica docente: reconocer a lxs estudiantes y su contexto es una necesidad. Generar discusiones frente a las rígidas estructuras es importante. Plantear y exponer otras formas de vivir dará la ilusión de que en este mundo hay múltiples formas de existir.

Quizás el ejercicio de la filosofía disipe un poco el miedo a no encajar.

El cuidado: Una práctica de resistencia

Una vez reconocidos los fragmentos, particularidades, diferencias, vulnerabilidades y formas en que se aprende con mayor facilidad, el compromiso que tenemos —tengo— como profesorxs es trabajar desde el cuidado. Esto lo planteo a propósito de lo que Hedva nos dice en la *Teoría de la Mujer enferma*:

Yo solía pensar que los gestos más anti-capitalistas que se podían hacer tenían que ver con amor, particularmente la poesía de amor: escribir un poema de amor y dárselo a la persona que deseas me parecía una resistencia radical. Ahora veo que me equivocaba. La protesta más anti-capitalista que se puede hacer es cuidar de otra persona y cuidar de ti misma. Enfrentar la práctica históricamente feminizada (y por lo tanto invisible) de asistir, nutrir, cuidar y preocuparse. Tomarnos en serio en cuanto a nuestras vulnerabilidades, fragilidades y precariedades, y apoyarlo, honrarlo, respetarlo, empoderarlo. Protegernos mutuamente, promulgar y practicar comunidad. Una hermandad radical, una sociedad interdependiente, una política de cuidado. (p. 15)

Allí Johanna Hedva reflexiona frente a las prácticas de cuidado y como este permite hacer resistencia a lo que la institucionalidad nos exige. En este orden de ideas, ejercer la práctica docente desde el cuidado implica, necesariamente, ir en contra de esa estructura capitalista que nos obliga a despojarnos de nuestra emocionalidad, sentires y experiencias.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que la noción *cuidado* trasciende —en este trabajo— su significado común, en donde cuidar se limita a hacerse cargo de una persona... o al asistencialismo

Cuidar, en este escenario, significa validar o reconocer a esos otros que hacen posible mi construcción como docente. El cuidado, implica generar ambientes en donde nuestrxs estudiantes puedan estar, ser y existir desde sus particularidades.

Dado lo anterior, la idea de propiciar espacios desde el cuidado tiene como fin orientar procesos de aprendizaje más conscientes, significativos y aterrizados a las problemáticas de los contextos. De manera que, el aula, lxs profesores e incluso las instituciones dejarían de ser espacios represivos para lxs estudiantes y serían entonces un lugar seguro. Que es lo que muchxs esperamos de nuestrx “segundo hogar”.

A modo de conclusión, el cuidado es primordial a la hora de pensarnos como docentes, o por lo menos, eso es lo que me queda de la construcción como un cuerpo fragmentado; quiero ser guía no juez. Quiero orientar procesos de aprendizajes no fiscalizar a quien manifieste diferencia.

Mi práctica como docente está pensada desde el cuidado porque siento que allí está la línea de fuga que nos permite hacer resistencia a las estructuras de poder. Reconocer y enriquecerme desde la diversidad y multiplicidad permitirá saberme rota... y no invalidar.

Desde el cuidado pueden germinar esos cuerpos quebrados que habitan cada día las aulas...

Referencias

- Bénard, S. (2019). *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*. Universidad Autónoma de Aguascalientes. México.
- Datos de Salud. (s. f.). *Saludata*. Recuperado 31 de enero de 2022, de <https://saludata.saludcapital.gov.co/osb/index.php/datos-de-salud/salud-mental/tasaviolenciasexual/>
- Haraway, D. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (págs. 313-346). Madrid: Cátedra
- Hooks, B (1994). *La educación como práctica de la libertad*, New York - London, Routledge.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 1(8), 73-101.
- Malo, C (1998). Presentación. *EN LAS FRONTERAS DEL CUERPO: Crítica de la corporeidad*. Ediciones ABYA YALA.
- Observatorio de Mujeres y Equidad de género de Bogotá. (2020). Bogotá. D.C. 2020 Por derecho. *Diagnósticos locales para las mujeres*. Colombia: Alcaldía de Bogotá.
- Observatorio de Mujeres y Equidad de género de Bogotá. (2021). *Diagnósticos locales. Mujeres en pandemia*. Bogotá. D.C. 2021. Colombia: Alcaldía de Bogotá.
- Pedraza, Z. (1996) *El Debate Eugénico: Una Visión de La Modernidad En Colombia.*” *Revista de Antropología y Arqueología* 9 (1–2): 115–59.
- . 2008. “Al Borde de La Razón: Sobre La Anormalidad Corporal de Niños y Mujeres.” En *Cuerpos Anómalos*, edited by Max Hering, 205–34. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pedraza, Z. (2010). *Saber, cuerpo y escuela: el uso de los sentidos y la educación somática*. *Calle 14 revista de investigación en el campo del arte*, 4(5), 44-57.
- Rambo, C. (2019). *Múltiples reflexiones sobre el abuso sexual infantil: Un argumento para una narración en capas*. En *Autoetnografía: Una metodología cualitativa*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Segato, R. (2015). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Silvestri, L. (2015). *¿Elegirías enfermarte si pudieras hacerlo? Games of Crohn*. *Diario de una internación*.

- Silvestri, L. (2017). ¿Elegirías curarte si pudieras hacerlo? BONUS TRACK DE GAMES OF CROHN. DIARIO UNA INTERNACIÓN 2º ed. Queen Ludd Editora.
- Walsh, C. (2013). Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir (re)existir y (re)vivir. Tomo I. Quito, España: Ediciones Abya-Yala.
- Walsh, C. (2017). Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir (re)existir y (re)vivir. Tomo II. Quito, España: Ediciones Abya-Yala.